

# El reinado de Carlos III: una interpretación ecléctica

Roberto Fernández\*  
Universitat de Lleida

Para Ricardo, por estar siempre a mi lado.

Es una verdad reconocida que Carlos III se ha convertido desde su muerte en diciembre de 1788 en uno de esos personajes capaces de alcanzar la categoría de referencial en la Historia de España al merecer la reiterada ponderación de los más diversos historiadores, pensadores y políticos. Carlos III pertenece a ese grupo de los antepasados ilustres que son revividos en cada actualidad para mostrarlo como un ejemplo de lo que hay que hacer o bien de lo que debe evitarse para el buen destino de España. O dicho de otro modo: un dignatario considerado trascendente para pensar históricamente nuestro presente. No ha habido alcalde o alcaldesa de Madrid, por ejemplo, que no haya mencionado a Carlos III como su gran antecesor al que mostrar agradecimiento y del que aprender algunas lecciones, especialmente urbanísticas. Y no en vano, una de las primeras acciones simbólicas de nuestro actual monarca Felipe VI, ha sido cambiar en su despacho particular el retrato de Felipe V por el de Carlos III pintado por Rafael Mengs, quizá porque el actual titular de la Corona piensa que para su proyecto de reinado la figura carolina encaja con mayor representatividad positiva con sus ideas que la del fundador de la dinastía en España.

En efecto, el reinado carolino ha estado casi siempre en candelero. Desde el mismo momento de su desaparición, el abanico de opiniones sobre el monarca y su obra de gobierno ha sido amplio y multicolor. Españoles e italianos, franceses e ingleses se han esforzado en conocer sus actuaciones y en valorarlas. No ha habido época significativa de la historia de España en que intelectuales, políticos, y por supuesto historiadores, no hayan visitado el reinado para intentar ponderar lo que de positivo o negativo tuvo para la posterior historia de nuestro país. Conservadores o liberales, derechas o izquierdas, nacionalistas españoles o periféricos, han frecuentado la vida y la obra de Carlos III para

---

\* ORCID: 0000-0002-6546-4688

escudriñar sus realizaciones, sus fracasos, sus límites y hasta sus “omisiones” en el gobierno de la Monarquía napolitana y de la española.

La razón es bien sencilla y no muestra ninguna originalidad en la historia de la historiografía ni tampoco en la historia política: en cada etapa del devenir de España aquellos contendientes que han porfiado por conquistar y mantener el poder, han tratado de encontrar en la historia patria los paradigmas ejemplarizantes que dieran legitimidad a sus posiciones políticas, fuera porque representaban un buen modelo de lo que había que hacer o fuera, a sensu contrario, porque eran el prototipo de lo que había que evitar. Por eso no ha habido ideología de una cierta importancia en la historia hispana que no se haya referido a Carlos III, valorando su reinado y la actuación de sus ministros, en relación con sus propias posiciones doctrinarias referidas a un modelo de sociedad y respecto al mejor gobierno que debía responsabilizarse del futuro español.

Lo antecedente nos lleva también a otra consideración de no menor calado. No siempre Carlos III ha sido analizado bajo las premisas básicas que exige el método científico para el oficio de historiar. No insistiré mucho en esta trascendental cuestión porque en mi reciente obra sobre Cataluña y el absolutismo borbónico me ocupé —no sé si con acierto— de reflexionar sobre la necesidad de expurgar el trabajo de los historiadores de las influencias ideológicas que producen análisis sectarios y simplistas alejados de la neutralidad y de la ecuanimidad que se requiere como valor deontológico y epistemológico en la tarea del investigador. Digamos resumiendo que, a lo largo de trescientos años, Carlos III también ha sido víctima frecuente del anacronismo, del ideologismo, del presentismo, del contrafactualismo y del teleologismo. Y no sólo por parte de ensayistas y políticos, sino también por estudiosos de reconocido prestigio en la academia, de historiadores que no han podido soslayar sus propias posiciones axiológicas o ideológicas en sus estudios sobre el reinado carolino.

Estudiar las interpretaciones sobre el reinado de Carlos III y revelar las conexiones que las mismas han tenido con los valores morales, las posiciones ideológicas y las propuestas políticas de cada autor en cada época, es una tarea en la que ando ocupado en los últimos tiempos y espero que pronto podamos ver los frutos de la misma. En esta ocasión me limitaré a realizar una somera exposición de lo que a mi entender son las principales características de ese abigarrado conjunto de opiniones.

## I

Lo primero que cabe decir es que, desde la última década del Setecientos, Carlos III ha sido un punto de constante atención en la historiografía y en la política española. Como ha ocurrido con los Reyes Católicos y con Felipe II, las discusiones ideológicas y políticas que sobre España y su futuro se han desarrollado en estos tres últimos siglos, han tenido en el tercer Borbón un buen escenario para la valoración ejemplarizante. Si

otros reyes y otros reinados pasaban a formar parte de cierta indiferencia erudita y popular, parece evidente que, en el ánimo de los historiadores, pensadores y políticos Carlos III tenía y tiene una vigencia muy significada.

Naturalmente, no siempre su presencia ha sido de la misma intensidad ni ha tenido el mismo tenor valorativo. En términos muy generales, me parece posible conjeturar que en épocas de dominio conservador y/o reaccionario, la figura de Carlos III ha tendido a olvidarse, a desdibujarse o simplemente a utilizarse como una vaga referencia negativa. Así ocurrió, por ejemplo, en tiempos de Fernando VII, de Primo de Rivera o del primer franquismo. Por el contrario, parece que las etapas de la historia de España que han sido más proclives a la innovación moderada y al cambio han tenido mayor interés en bucear en los comportamientos de Carlos III y en su tarea de gobierno, presentándolo genéricamente como un gobernante ejemplar o al menos digno de respeto.

Incluso en algunos casos se ha defendido la idea de que debía culminarse la obra que deseó realizar y que tras su reinado se vio sucesivamente truncada en la historia hispana. Así, por ejemplo, en el caso más cercano del gobierno socialista de Felipe González, se aprovechó en 1988 el bicentenario de su muerte para presentarlo como una especie de “tercera vía” entre el inmovilismo conservador filofranquista y las posiciones revolucionarias de la época, argumentado de manera subliminal que la España “deseable” y “posible” que en su tiempo representó Carlos III con su reformismo, ahora la personificaban las posiciones socialistas. La socialdemocracia española podría encontrar de este modo una forma de vincular con un precedente “ilustrado” tanto a sus propios gobiernos como, por supuesto, a la monarquía de Juan Carlos I, presentando a ambos como una continuación de un reformismo necesario y sensato. En suma, aunque no debemos establecer insanas relaciones mecánicas, creo que es posible afirmar que la mayor presencia de Carlos III en nuestra historiografía y en nuestra sociedad se relaciona con etapas más bien “progresistas” y de cambio, mientras que una mayor indiferencia o crítica coincide con épocas más bien “conservadoras”.

Y una segunda constatación que cabe efectuar es que el interés por Carlos III no ha partido solo de los autóctonos, sino que ha sido una de las figuras hispanas que más atención ha despertado entre la intelectualidad foránea, especialmente entre los hispanistas. Aunque quizá no con la fama de otros monarcas europeos de su época como Federico II de Prusia o Catalina II de Rusia, en la medida en que Carlos III se situó en el seno de los reformadores europeos vestidos con el traje del absolutismo ilustrado, y en la medida en que ha sido ubicado entre el elenco de españoles que porfiaron por cambiar España e insertarla en la corriente de la modernidad definida por la Ilustración, en esa misma medida ha merecido la atención de historiadores pertenecientes a los países que más contacto tuvieron con su figura en el propio reinado carolino como ha sido el caso de autores italianos, franceses y británicos. Es como si se

buscara con Carlos III la posibilidad de rebajar la intensidad de la opinión que otorgaba a España, en los medios cultos continentales del siglo XVIII, un negativo hecho diferencial basado en el poco desarrollo del pensamiento y la ciencia ante el notable predominio de la Iglesia y de la Inquisición.

## II

Si bien es cierto que sobre la persona y la figura de gobernante de Carlos III ha habido cierta concordia entre los historiadores, en cambio las discrepancias mayores y más profundas se han suscitado en la valoración acerca de la naturaleza, los objetivos y las consecuencias del reinado carolino y en su trascendencia y relevancia para la historia de España. Casi todos los autores coinciden en cuanto a la idiosincrasia básica del reinado: fue un tiempo de reformas. También la mayoría opina que Carlos III no resultó su iniciador, sino que debe buscarse el origen de las mismas en los dos monarcas anteriores, aunque unos autores dan más importancia a su padre Felipe V por ser el pionero y en cambio otros a su hermanastro Fernando VI, sobre todo gracias a la actuación de un político generalmente bien valorado como es el marqués de la Ensenada. En este sentido, Carlos III es visto como un eficaz continuador de los cambios emprendidos por la nueva dinastía tras los acontecimientos sucesorios. Y, finalmente, casi todos los estudiosos están de acuerdo también en que con el monarca las reformas consiguieron su máxima expresión al tiempo que empezaron a mostrar los límites de su alcance.

Ahora bien, las disensiones aparecen con fuerza y entidad en cuanto se trata de caracterizar la naturaleza básica de esas reformas, es decir, aquellas metas que realmente perseguían y los intereses a los que servían objetivamente. Aquí los historiadores se han mostrado discrepantes en bastantes ocasiones. No resulta fácil realizar una taxonomía lógica de las posturas defendidas, puesto que los autores pueden mantener distintas opiniones sobre las actuaciones carolinas en los diferentes aspectos de la realidad española. Por eso, pienso que la única posibilidad expositiva coherente consiste en atender a las valoraciones globales sobre el reinado, obviando que en algún tema un autor genéricamente “positivo” pueda mostrarse crítico o, a la inversa, un autor más bien “negativo” pueda ponderar positivamente una determinada acción política del monarca y sus ministros. Como comprenderá el lector, en el marco de esta breve exposición, debo utilizar entonces la brocha gorda de la generalización y renunciar a los matices propios de un pincel.

Contemplando las aportaciones historiográficas realizadas desde el momento mismo de la muerte de Carlos III, en líneas generales puede afirmarse que la interpretación positiva del reinado ha sido mayoritaria. En términos globales, la reforma carolina es calificada como una gran etapa de la historia de España; una época que

merece pasar a los anales de la posteridad y ser en muchos aspectos imitada, especialmente en su espíritu patriótico de crítica constructiva para la mejora y el progreso nacional. En efecto, el reinado carolino es considerado como un intento racional de poner al país en consonancia con los tiempos y de conseguir la modernidad y la europeización de España a través de una serie de reformas que abordaron todos y cada uno de los aspectos de la vida nacional. Una etapa de regeneración en la que a la par que se impulsó el crecimiento económico, la mejora de los hábitos sociales y la habilitación de espacios de libertad para la recepción de las ideas ilustradas que fortalecieron la creación científica y cultural, España se fue convirtiendo propiamente en una realidad nacional con mayor conciencia de ser una colectividad con intereses comunes gracias, en buena medida, a un Carlos III que supo ensanchar, fortalecer y vertebrar un Estado que tuvo el acierto de poner al servicio del programa reformista y del aumento del peso de la Monarquía en el concierto internacional. Carlos III fue, pues, el nervio principal de la reforma de España al que acompañaron grandes políticos que, con gran fidelidad a la persona del soberano y en su mayoría de gran capacidad política, llevaron a cabo una actuación presidida por el realismo, la moderación, la mediación entre fuerzas sociales y políticas y también la búsqueda de un cambio gradual y pacífico en una España que se mostraba más bien inclinada a la conservación de las estructuras existentes.

En el seno de esta amable interpretación existen desde luego matices y graduaciones. Algunos escritores rozan lo hagiográfico como son los casos de su primer biógrafo Fernán Núñez o de Antonio Ferrer del Río y Enrique Tapia. Otros en cambio matizan más la obra del reinado mostrando desacuerdos parciales en determinadas políticas. Así lo han hecho, entre otros autores, Juan Sempere, Andrés Muriel, Juan Antonio Llorente, Modesto Lafuente, Manuel Danvila, Vicente Palacio Atard, Vicente Rodríguez Casado, Luis Sánchez Agesta, Jaume Vicens Vives, Ferran Soldevila, Joan Reglá, Carlos Seco, Pedro Voltes, Jean Sarrailh, Richard Herr, Antonio Morales, Francisco Aguilar, Luis Miguel Enciso, Gonzalo Anes, María Ángeles Pérez Samper o Antonio Domínguez Ortiz. Pero, matices al margen, todos ellos se declaran básicamente complacidos con la obra general carolina. Y también se muestran a veces más bien “comprensivos” con sus posibles errores o sus insuficiencias. En este último sentido, con un tono algo exculpatorio, se insiste especialmente en que toda tarea de gobierno debe ser comprendida en su propio contexto y sin caer en el error del anacronismo. Igualmente se recuerda a menudo la idea de que en cualquier proceso de reformas debe tenerse en cuenta la resistencia de aquellos que rechazan los cambios, es decir, la reforma como una dialéctica entre antiguos y modernos, que diría José Antonio Maravall. Y, finalmente, se afirma que no puede juzgarse con severidad toda una obra de gobierno con aspiraciones reformistas por la existencia de algunos fracasos o por

cierta timidez gubernamental en determinados asuntos, puesto que eso mismo puede argumentarse de cualquier gobierno en todo tiempo y lugar.

Así pues, para la tradición positiva, con distintas intensidades, es defendible que Carlos III estuvo al frente de un gobierno que debe ser puesto en el haber de la Historia de España. En el periodo carolino se consolidó un programa de reformas que sin pretender en ningún momento cambiar revolucionariamente aquella sociedad -tarea que suele recordarse que los reformistas no creían necesaria ni para la cual tampoco había condiciones objetivas-, atesoró el gran mérito de representar un periodo de esperanzas merced a una gobernación del país basada en aceptar que debían producirse determinados cambios para conseguir una mayor felicidad pública y centrada también en la defensa de los intereses nacionales por encima de los intereses dinásticos, remodelando con ello el propio concepto de España. Y fue asimismo un reinado que dejó además una impronta de progreso que, desgraciadamente, la falta de personal político de la misma categoría que el carlotercerista, las circunstancias internacionales a partir de la Revolución francesa y la guerra de la Independencia impidieron desarrollar en todas sus potencialidades.

De este modo, Carlos III aparece como el dirigente que podría haber atajado el “falso camino” de la revolución, transformando el país pacíficamente en vez de esperar a que las sublevaciones de 1789 se contagiasen y sumieran a la Monarquía en el caos. Si hubiera que adjudicar una paternidad a esta última idea, sin duda habría que hacer mención a aquellos “afrancesados” como Sempere, Llorente y Muriel, que vivieron a caballo del reformismo del Antiguo Régimen y las traumáticas transformaciones revolucionarias. En realidad, para muchos autores adscritos genéricamente a esta visión, fue la imposibilidad de continuar con el programa reformista carolino lo que provocaría, en última instancia, el convulso siglo XIX español.

En estas posiciones avaladoras de la bondad global de la tarea de Carlos III, se han sentido cómodas distintas familias de historiadores. Desde luego compartían estas valoraciones positivas los herederos más inmediatos y directos de la obra carolina, que lo hacían con una cierta añoranza personal no exenta del reconocimiento de las cosas que quedaban por hacer. En esta línea cabe señalar, entre otros, a Melchor Gaspar de Jovellanos, Francisco Cabarrús, Antonio de Capmany, Antonio Arteta o José Nicolás de Azara. Sin duda, se han sentido a gusto también los principales historiadores liberales del Ochocientos como Modesto Lafuente, Ferrer del Río o Danvila. A ninguno de ellos les parece aceptable la falta de libertades y la ausencia de una constitución política propias del absolutismo, ni por supuesto la marginación de las Cortes, pero disculpan en cierta medida estas deficiencias por la grandeza personal del rey, la importancia positiva de las transformaciones concretas en diversos aspectos de la realidad nacional, el proceso general de secularización frente al poder eclesial, la influencia del pensamiento ilustrado en las realizaciones habidas y, sobre todo, el reforzamiento de la unidad

nacional. En todos estos aspectos no tienen empacho en sentirse herederos de la tradición carolina. Ítem mas: bien podría afirmarse que cuanto más liberal progresista es el autor existe una mayor admiración (Lafuente), mientras que cuanto más liberal moderado resulta parece darse un punto de mayor reticencia (Danvila), especialmente ante la influencia ejercida por Francia en el pensamiento y en la política exterior española o ante la expulsión de los jesuitas.

En la historiografía catalana del siglo XIX la admiración por Carlos III es también ampliamente mayoritaria. Los principales impulsores de la *Renaixença* vieron en el monarca las mismas virtudes que señalaban sus homónimos del resto de España, y desde luego estuvieron mucho más dispuestos a valorarlo positivamente frente a su padre Felipe V, que tenía a sus espaldas la imborrable mácula de los decretos de Nueva Planta. Las historias de Cataluña escritas por Joan Cortada, Víctor Balaguer, Antoni de Bofarull o Antoni Aulésia, con algunos matices entre ellos (como, por ejemplo, las críticas que algunos realizan a los pactos de familia con Francia), lo consideran un rey benéfico para toda España y también para Cataluña al perdonar las deudas del catastro, realizar una política proteccionista, amparar a los grandes empresarios catalanes y decretar la libertad de comercio del Principado con América. Es decir, un soberano que procuró atender las necesidades de un país productor y mercantil como era Cataluña. Y, sobre todo, como afirma Bofarull, porque Carlos III abrió una nueva etapa con los catalanes considerados ahora como “verdaderos hermanos de los demás súbditos españoles”; un reinado que ahondó en la españolidad de los catalanes, eso sí, para el historiador reusense una españolidad a la catalana. En suma, la historiografía de Principado en el Ochocientos considera a Carlos III el mejor rey de los Borbones para España y para Cataluña.

Esta cosmovisión positiva de los liberales decimonónicos se trasladó a sus herederos de nuestro pasado siglo XX. Historiadores de sesgo liberal, reformista y gradualista, han visto con comprensión y aprobación global la tarea regia de Carlos III. Todos ellos parecen compartir una misma ponderación, directa o indirectamente manifestada con reiteración: el reinado carolino abrió una gran ocasión histórica para España que por desgracia no pudo ser aprovechada plenamente. Opinión que han compartido al tiempo intelectuales de talante liberal moderado como Julián Marías y también los gobernantes socialistas de los años ochenta que trataban de recuperar la gran “oportunidad carlotercerista” lastimosamente truncada. Incluso, un nacionalista conservador como Jordi Pujol, pese a sus reticencias con Carlos III en lo político y en lo cultural (es decir, en lo “nacional”), se siente bastante identificado con el monarca y sus ministros en cuanto a la búsqueda del crecimiento económico, del desarrollo social, de la revitalización cultural y de la convivencia entre los españoles.

Tampoco los historiadores conservadores católicos, como Cayetano Alcázar, Antonio Rumeu de Armas, Rodríguez Casado o Palacio Atard, han tenido

inconveniente en apuntarse a esta corriente positiva y comprensiva enmendando la plana al propio don Marcelino Menéndez Pelayo. En el caso de los tres últimos quizá porque Carlos III representaba para ellos la posibilidad de realizar un crecimiento económico sin necesidad de acometer transformaciones políticas traumáticas en el seno del franquismo, muy en la línea del pensamiento tecnócrata próximo al Opus Dei que imperaba en ciertas esferas gobernantes y en algunos ámbitos universitarios de los años sesenta y setenta. Para un franquismo con nuevos gobiernos que buscaban salir de la autarquía económica y del aislamiento internacional, Carlos III era un buen ejemplo de una etapa de reformas que podía conseguir el progreso económico y social, el llamado “desarrollismo”, sin modificar las bases del sistema político de la Dictadura.

En cualquier caso, en términos generales, bien puede afirmarse que todos aquellos historiadores cuya filiación ideológica y política ha estado vinculada al campo del gradualismo, de la moderación, del centrismo, o sea de un reformismo posibilista (incluidos los más conservadores) que otorgase a la monarquía un liderazgo activo en reformar España y en mediar entre las clases sociales, se han sentido cómodos y hasta herederos de la tradición carolina. En este tipo de historiografía se recuerda a veces que no todo fueron éxitos, incluso se efectúan críticas a determinadas políticas sectoriales, pero se acuerdan tres conclusiones principales: que los objetivos eran adecuados y sensatos para las circunstancias en las que España vivía, que el proceder reformista era el más conveniente y que la tarea finalmente realizada fue meritoria en su propio tiempo y también como legado espiritual para la posteridad. Carlos III mostró un camino reformador lleno de realismo, equilibrio político y sentido común destinado a la regeneración de España. De hecho, bien puede afirmarse que la mayoría de liberales de todo tipo y condición y una buena parte de los conservadores no reaccionarios, han mantenido muy pocos puntos de fricción a la hora de ubicar a Carlos III en el acervo más positivo de la Historia de España.

Frente a esta larga y frondosa tradición positiva, muy someramente expuesta ahora, se han levantado en la historiografía española algunas interpretaciones más minoritarias que resultan menos complacientes respecto al reinado. En este caso, cabe decir que las mismas tienen ciertos antecedentes en el periodo inmediatamente posterior a la desaparición del monarca, cuando algunos pensadores protoliberales de las últimas décadas del Setecientos como Manuel de Aguirre, León de Arroyal, Valentín de Foronda, Luís García Cañuelo o José Marchena, entre otros, mostraron su respeto y a veces incluso su admiración por la obra carolina, pero también dejaron constancia, con decisión y valentía, de las insuficiencias del reinado y, sobre todo, de las limitaciones del reformismo para cambiar los verdaderos “males” de España. Mucho más críticos se mostraron algunos liberales doceañistas como José Canga Argüelles, Francisco Martínez Marina, Álvaro Flórez Estrada o José María Blanco White, que denunciaron el reformismo frustrado de Carlos III, la falta de libertades, la ausencia de Cortes y el



despotismo ministerial en el gobierno. O valencianos de inspiración austracista como Bartolomé Ribelles o Francisco Javier Borrull, que lamentaban la disolución de las Cortes de Aragón y la desaparición de la España foral a manos del centralismo uniformista borbónico.

También es necesario recordar, ya más avanzado el siglo XIX, otra tradición crítica, si bien de recorrido errático, aunque ciertamente persistente, representada por historiadores pertenecientes a la matriz ideológica federal y republicana. Escritores reconocidos como Francesc Pi i Margall, Emilio Castelar o Ángel Fernández de los Ríos, entre otros, no dudaron en acudir al pasado para demostrar las virtudes de la soberanía popular frente a las tradiciones y defectos de la monarquía como forma de gobierno. Y Carlos III no estuvo a salvo de estas críticas a ser considerado el impulsor de un centralismo de raíz francesa, un personaje irreflexivo en su política exterior, un continuador del “despotismo ministerial” o bien un cómplice en el mantenimiento de la Inquisición y en la represión de la prensa.

Ahora bien, no cabe duda que las visiones menos complacientes han tenido en determinados conservadores neocatólicos nacionalistas y en una parte de los historiadores de raíces marxianas a sus representantes más activos. Coincidencia que me adelanto a comentar resulta meramente casual, puesto que los motivos de la crítica, en uno y otro caso, como es lógico, son radicalmente diferentes. Para la tradición más conservadora neocatólica, presidida primero por el carlista foral Víctor Gebraht y por Vicente de la Fuente y capitaneada después por Menéndez Pelayo, y heredada en buena parte por el primer franquismo, el gobierno carolino representa, en gran medida, un verdadero desastre nacional. Aunque reconocen en el rey algunas actuaciones regeneradoras de la economía o la sociedad, estos estudiosos contemplan al movimiento reformista como un atentando contra la esencia de lo nacional español mediante el afrancesamiento de su pensamiento y su cultura, la nefasta secularización de sus costumbres contra las ideas católicas, el exceso de centralización y uniformidad desoyendo la verdadera constitución foral de España y el entreguismo a la política exterior francesa. Prueba de todo ello fueron la pérdida de los fueros de la corona aragonesa, el insensato enfrentamiento con el Vaticano, el debilitamiento de la Inquisición o la injusta expulsión de los jesuitas. Se trata, pues, de una posición ultracatólica, tradicionalista, neoforalista, algo misoneísta y de un claro nacionalismo esencialista, que ha interpretado a Carlos III como un soberano mediocre que traicionaba la naturaleza de lo español y el verdadero destino de la patria, destino que debía respetarse que fuera trazado de manera inexorable por el catolicismo inspirado por la Divina Providencia.

Esta posición maximalista consiguió mantenerse como interpretación oficial en el acervo historiográfico español durante la Restauración. El marco fuertemente conservador de las Academias ensalzó como el intérprete oficial de la cultura española a

Menéndez Pelayo, quien prefirió condenar la herencia ilustrada de Carlos III como una frivolidad afrancesada que poco tenía que ver con la grandeza espiritual de la Contrarreforma. Y aunque no puede olvidarse que el primer franquismo hizo suya esta opinión y que la popularizó en la tarea de legitimar su nacionalismo, al estar muy cargada de ideología, ha sido muy minoritaria en el seno de la historiografía profesional posterior, puesto que todo parece indicar que su interpretación del reinado carolino estaba tan evidentemente influenciada por intereses conservadores y confesadamente católicos que no podía tener mayor recorrido entre los investigadores universitarios. Hasta tal punto es así que, como apuntábamos antes, los historiadores académicos herederos modernos del pensamiento conservador católico han tenido que alejarse de esta postura tan radical y considerarla como un exceso de don Marcelino.

La posición crítica de una buena parte del materialismo histórico tiene en cambio una indudable hondura y un calado de gran significación historiográfica. Digamos de entrada que no poseemos un tratamiento específico de Carlos III por parte de la tradición marxiana, ni a través de un estudio particularizado sobre la globalidad de su reinado ni mediante una biografía detallada y holística del monarca. En este último caso, puede que haya influido un cierto, y sin duda erróneo, despegue del marxismo hacia las biografías, tal vez al entender que el individuo no es un referente adecuado para comprender los procesos profundos de una determinada sociedad. Digo error, dado que considero que es preciso recuperar para el materialismo histórico el valor del individuo en el protagonismo de la dinámica social. Y más justificada resulta si cabe esta demanda en el caso de los reyes, sobre todo teniendo en cuenta además que Carlos III era un monarca del absolutismo y, por tanto, tenía una notable capacidad de incidencia en la vida real de sus súbditos.

En esencia, en el marco de un debate historiográfico general sobre la denominada “revolución burguesa” y la transición del feudalismo al capitalismo, la crítica marxiana se remite a la necesidad de desmitificar el carácter “progresista” en la intencionalidad de las reformas y a poner de manifiesto que la naturaleza intrínseca de las mismas era en realidad, como afirmó Pierre Vilar, un “preventivo homeopático” formulado por los sectores más progresivos de las clases dirigentes del feudalismo tardío con el fin de aprovechar al máximo la coyuntura económica expansiva y de evitar al mismo tiempo cualquier estallido revolucionario que pusiera en cuestión el orden social vigente. Aquí, la lectura social, el factor “intereses de clase”, preside, como no podía ser menos, gran parte de la interpretación. Por eso se pone especial énfasis en señalar las limitaciones voluntarias de las reformas y no solo sus posibles logros. Y esas limitaciones convertían a menudo al reformismo en mero proyectismo y estaban claramente marcadas por las necesidades objetivas de las clases privilegiadas que los propios reformadores representaban en buena medida, unos intereses cuya esencia no podía ser puesta en

cuestión, especialmente los referidos a la gran nobleza como clase hegemónica y a la Iglesia como institución principal de la sociedad española.

Así que, en la interpretación marxiana, la reforma es considerada en puridad como una política coyuntural y oportunista para aprovechar la bonanza económica favorable y también como un movimiento de prevención defensiva que trataba de hacer progresar al viejo sistema en todo lo que fuera su propia capacidad de crecimiento sin que tuvieran que producirse cambios en el orden estamental básico ni en el sistema político imperante. De ahí la distancia entre los escritos de los pensadores y los hechos políticos reales. De ahí los miedos y los retrocesos del grupo reformista oficial. De ahí el decidido viraje conservador cuando los revolucionarios franceses afloraron en el panorama social y político del país vecino. De ahí el desencanto de ciertos personajes reformistas que acabaron abrazando el incipiente liberalismo. Dicho llanamente: el reformismo carolino fue un movimiento de regeneración interna del feudalismo tardío para continuar haciendo viable su existencia. En realidad, siguiendo la senda interpretativa de Perry Anderson, el Estado absoluto se concibe como un Estado de clase y el absolutismo reformista e ilustrado como una política de gobierno que no podía ir contra los beneficios de las clases privilegiadas que ejercían su hegemonía en la vida económica, social, cultural y política de ese Estado.

Desde luego, no todos los autores que han bebido del materialismo histórico adoptan exactamente la misma radicalidad interpretativa. La mayoría acepta el hecho de que las intenciones últimas de los gobiernos reformistas del siglo, y por tanto de Carlos III, no estaban en finiquitar la sociedad estamental y el absolutismo. Pero mientras que algunos autores no parecen estar dispuestos a conceder ninguna virtud al reformismo borbónico como son los casos de Josep Fontana o Mauro Hernández, otros en cambio como Pierre Vilar, Miguel Artola, Antonio Elorza, Ernest Lluch, Carlos Martínez Shaw o Alberto Marcos se muestran más comprensivos con el reinado y no consideran que Carlos III fuera nefasto en sí mismo para el país, ni mucho menos que resultara peor que otros monarcas antecedentes o posteriores.

Podría decirse incluso que hay alguna simpatía por Carlos III como monarca y por algunas de sus medidas concretas, que se califican como voluntariosas, bien intencionadas y en algunos casos con buenos resultados para la Monarquía. Lo que ocurre es que, frente al canto coral favorable de los liberales gradualistas, la tradición del materialismo histórico opone una visión crítica que viene a decir que debemos recordar que tras el reinado carolino buena parte de los problemas estructurales de la vida española permanecieron intactos. Es verdad que Carlos IV no tuvo las virtudes “profesionales” de su padre y que los acontecimientos franceses no ayudaron demasiado, pero no es menos cierto que la herencia del tercer Borbón distó mucho de ser tan afortunada como se ha proclamado porque su meta última era que mejorase la

vida española, pero sin que nada cambiase respecto a las estructuras básicas del Antiguo Régimen, lo cual en muchos casos era sencillamente imposible.

En cierta medida, esta tradición historiográfica no solo ha escuchado las voces críticas de algunos autores del último cuarto del propio Setecientos, sino también las de aquellos protoliberales de principios del Ochocientos que hablaron del reinado en un tono menos encomiable, dejando bien claro que Carlos III no era partidario de una sociedad de clases ni de un régimen político constitucional, elementos ambos imprescindibles para la formación de la sociedad burguesa capitalista y, con ella, de dar un paso adelante en el “inevitable” progreso de la Humanidad que debía finalizar, necesariamente, según la opinión de determinados pensadores marxistas, con el triunfo final del Socialismo. O sea, que, aceptando la propia idea de progreso de la Ilustración, y llevándola a sus últimas consecuencias, a una parte de los historiadores del materialismo histórico les parece evidente que Carlos III no anduvo los pasos de dicha idea de progreso. Una consideración esta última que autores como Francisco Sánchez-Blanco, desde fuera del marxismo, confirma con cierta radicalidad al opinar que Carlos III fue un rey imbuido por ideas reaccionarias y fundamentalistas al estilo de las de Gregorio Mayans; un rey al que junto a sus ministros se les ha recubierto de un manto de modernidad y progresismo cuando en realidad eran un grupo de tradicionalistas inmovilistas. De este modo, para Sánchez-Blanco, Carlos III no fue un rey ilustrado sino un rey absoluto a secas “con pocas luces y sordo a los signos de los tiempos”.

La postura marxiana más crítica ha sido formulada casi siempre por historiadores situados en la esfera de influencia o de militancia personal de los partidos de la izquierda radical o revolucionaria y, en algunos casos, también con una adscripción añadida al nacionalismo catalán. O, dicho de otro modo, con historiadores que mostraban gran distancia y escepticismo frente al reformismo como fórmula política para el avance y el progreso social y que, en algunos casos, recordaban además que Carlos III no modificó la política centralista y de uniformidad de su padre, dejando en herencia el problema territorial y “constitucional” del encaje de las Españas en la idea y proyecto general de España.

No es que pueda realizarse una traslación mecánica entre ideología política e interpretación histórica, pero es evidente, y más tratándose de la tradición marxiana, que existe una relación efectiva entre la lectura de los hechos históricos carolinos y las posturas sociopolíticas de estos historiadores, no tanto por ideologismo, como ocurría en el caso de los conservadores más ultramontanos, sino por coherencia teórica con un paradigma interpretativo sobre el devenir de las sociedades humanas en el que la cuestión de los intereses y conflictos de clase son situados en primera línea de influencia en el funcionamiento y cambio de las sociedades complejas. Por eso, para algunos historiadores de esta corriente historiográfica, la reforma carlotercerista terminó siendo un “fracaso” en el sentido de que reforzó el poder del Estado, pero sin conseguir

modernizar a España mediante el finiquito de la vieja sociedad feudal y el debido reconocimiento político a la diversidad de las Españas.

### III

Como puede apreciarse, pues, bien puede afirmarse, grosso modo, que en la actualidad existen dos grandes tradiciones interpretativas (cada una de ellas con sus propios matices internos) sobre el reinado de Carlos III en España. Dos grandes tradiciones que se adscriben globalmente a dos posiciones ideológico-políticas diferentes acerca del alcance que tienen los reformismos en el avance positivo de la Humanidad. De hecho, compartiendo en esencia la misma idea de progreso heredera de la Ilustración, esos dos grupos genéricos disienten sobre lo que Carlos III representó para el deseado bienestar social: un paso adelante para los historiadores que conciben el reformismo gradualista encabezado por una monarquía modernizadora como un buen camino hacia el progreso y, por otra parte, un movimiento retardatario para los historiadores que creen que en determinadas circunstancias son los cambios radicales (y en su caso revolucionarios) los únicos que efectivamente conducen a la prosperidad de las sociedades.

Pues bien, si la anterior dicotomía fuera básicamente correcta, creo que ambas tradiciones son más compatibles de lo que pudiera parecer a primera vista. Caminado por el sendero de la ciencia historiográfica y dejando de lado las tentaciones ideológicas, teleológicas, anacrónicas o presentistas, tan nocivas para el oficio de historiador, pienso que si adoptamos una postura ecléctica esas dos grandes concepciones sobre el reinado carolino pueden complementarse en gran medida. Una conciliación de posiciones que no es para contentar a las partes mediante la práctica de un sincretismo incoherente, sino producto de la creencia de que es el camino que más nos acerca a la objetivación de la realidad histórica del reinado carolino.

Pienso que cuando desde la tradición marxiana se defiende que Carlos III y sus ministros, como por otra parte todos los monarcas absolutos del tiempo de la Ilustración, no tenían intención alguna de acabar con el sistema social y político imperante, se posee una gran parte de razón. El reformismo es una estrategia política que no está pensada para cambiar radicalmente las bases esenciales de un determinado sistema social, sino que parte de la premisa de que ese sistema es básicamente correcto y que, en un determinado momento histórico, su perpetuación precisa la existencia de algunos cambios que al mejorarlo aseguren su pervivencia. Eso pasa también, por ejemplo, con quienes consideramos que la democracia representativa es un sistema político con reconocidas bondades pero que para su mantenimiento necesita estar siempre en permanente vigilia reformadora. Por lo tanto, la visión del materialismo histórico sobre el absolutismo reformista de Carlos III como un movimiento

conservador del Antiguo Régimen, en el sentido de que trataba de preservar sus bases modificando lo que no funcionaba ante las nuevas situaciones económicas, sociales e ideológicas que se estaban produciendo, creo que es esencialmente correcta. Otra cosa distinta es que algunas de las ideas que nacieron de la Ilustración reformadora acabaran siendo las premisas básicas para construir el nuevo universo intelectual y político liberal revolucionario. Las divergencias entre las intenciones primeras de una determinada ideología y sus inesperadas consecuencias posteriores, resultan habituales en la vida de las sociedades.

Ahora bien, no creo que esta ponderación que remite a la significación de la intencionalidad profunda del reformismo borbónico, sea incompatible con reconocer, al mismo tiempo, que determinadas acciones que se emprendieron durante el reinado en los diversos aspectos de la vida española, fueron positivas para los súbditos y para la Monarquía como entidad política que los englobaba. Positivas en el sentido de que mejoraron la realidad existente tanto cuantitativa como cualitativamente, aunque en efecto no cambiaran las bases sociales y políticas del sistema.

No es posible hacer ahora un balance exhaustivo en este sentido. Sin embargo, con todas las “insuficiencias” que se puedan señalar al reinado, creo que es demostrable que las fuerzas productivas crecieron, que las relaciones de producción se fueron alejando del feudalismo, que el mercado nacional se ensanchó y se articuló en mayor medida, que las huestes burguesas aumentaron, que el Estado se fortaleció y se hizo más eficaz, que se conquistó una mayor independencia frente al Papado y la Iglesia española, que hubo una mejor administración y unas fuerzas armadas más desarrolladas, que se dieron mayores cuotas de libertad para el pensamiento, que la ciencia creció de forma considerable, que España se acercó a Europa o bien que se supo conservar las colonias americanas y extraer mejores rendimientos para la metrópoli.

Y no debemos tener ningún reparo en reconocer que todas estas realizaciones fueron el fruto de la intencionalidad política manifiesta de los tres primeros reyes de la dinastía borbónica y de sus principales ministros, convencidos como estaban de que había que regenerar España y mejorar su posición internacional sin necesidad de alterar los fundamentos de un modelo de sociedad que contemplaban como esencialmente correcto y que los situaba a ellos en la cúspide del poder. Un sistema que cuadraba objetivamente con sus intereses de clase centrados en mantener la estructura estamental y que casaban con el horizonte de civilización en el que vivían; un horizonte que solo empezaban a cuestionar una minoría de pensadores que en esos tiempos no proponían la revolución (entendida como subversión plena del orden social existente que es suplantado radicalmente y/o violentamente por otro diferente) como vía para caminar por la senda del progreso.

Todo lo anterior no es inconveniente, por supuesto, para que se pueda especular, a la manera ensayística, sobre si algunas de las medidas hubieran podido ser más

decididas, más radicales o bien mejor sostenidas políticamente. O si se podrían haber llevado a cabo tal y como solicitaban ciertos pensadores que no estaban tan vinculados al reformismo oficial; peticiones, por cierto, muchas de ellas efectuadas ya en un tiempo muy tardío del reinado o incluso fuera del mismo. Pero no debemos olvidar jamás que serán una serie de suposiciones pertenecientes al siempre resbaladizo ejercicio contrafactual, una manera de tratar de conseguir conocimiento de la realidad pasada que no es el propio de la ciencia empírica en la que se sitúa la historiografía.

Como puede apreciarse, las distintas valoraciones que se han efectuado del reinado carolino desde 1789 han tenido mucho que ver con las relaciones que el oficio de historiar mantiene, inevitablemente, con la axiología, con la ideología y con la política. Que esas relaciones influyentes sean humanamente inevitables no significa que no tengamos el recurso de la ciencia, que precisamente se ha construido a lo largo de los siglos para construir un método de conocimiento humano capaz de vencer nuestra subjetividad natural y nuestros inevitables condicionamientos socioculturales. Ese método se llama ciencia y ha sido y es de gran utilidad para la Humanidad. Una ciencia que también es posible aplicar al conocimiento del funcionamiento y cambio de las sociedades humanas en los diversos espacios geográficos y en el transcurso del tiempo.

Hace muchos años, allá por 1979, tuve la fortuna de asistir a una comida en la que estaban sentados en la misma mesa, entre otros, Pierre Vilar y Antonio Domínguez Ortiz. Dos historiadores de teorías históricas diferentes y de ideología muy distinta. Se habló mucho de política y mucho del reformismo carolino. Percibí en seguida que ambos estaban poco de acuerdo en lo primero y en cambio bastante de acuerdo a la hora de ponderar la figura de Carlos III y su legado histórico. Al salir le pregunté a don Antonio que cómo era posible que un comunista y un liberal se entendieran tan bien. Y don Antonio me contestó, con una leve sonrisa en los labios, que no había ningún misterio, que eso eran cosas de la ciencia.

Apelemos, pues, a la ciencia y no a la ideología para conocer y comprender a Carlos III, a sus ministros, a la obra que realmente hicieron y al legado que finalmente dejaron en manos de las siguientes generaciones. Quizá, si apelamos únicamente a la ciencia historiográfica, pueda aceptarse entonces en mayor grado mi propuesta ecléctica con una base principal en la tradición marxiana pero escuchando las acertadas propuestas de otras tradiciones historiográficas de corte liberal reformista, una propuesta que estoy persuadido que nos permite ponderar mejor la figura histórica de Carlos III.





# Desde la muerte de Bennassar, reflexiones sobre los inicios de la historiografía vallisoletana

Javier Burrieza Sánchez\*  
Universidad de Valladolid

La muerte de Bartolomé Bennassar, en noviembre de 2018, ha permitido volver a subrayar el carácter vanguardista de su obra “Valladolid en el Siglo de Oro”<sup>1</sup>, el título que consiguió romper la trayectoria propia del género corográfico, apologético, casi “hagiográfico” que durante siglos ha caracterizado el modo de escribir la trayectoria histórica de las ciudades y, de forma característica, la propia del río Pisuerga. Fue el maestro Braudel el que condujo a este historiador, entonces en formación, a estudiar de acuerdo a la metodología de la escuela de los Annales, la entonces villa de Valladolid. Hasta 1851, los vallisoletanos no contaron con ningún título publicado sobre su Historia. Así lo realizó Matías Sangrador y Vitores, que había escrito anteriormente la voz “Valladolid” en el Diccionario de Madoz<sup>2</sup>. La “Historia de la Muy Noble y leal Ciudad de Valladolid desde su más remota antigüedad hasta la muerte de Fernando VII”<sup>3</sup> cumplió la misma función para Valladolid que la “Historia de España” de

---

\* ORCID: 0000-0002-4311-5831

<sup>1</sup> Bartolomé Bennassar, *Valladolid au siècle d'or. Une ville de Castille et sa campagne au XVI<sup>e</sup> siècle*, París, La Haya Mouton, 1967; *Valladolid en el Siglo de Oro, una ciudad de Castilla y su entorno agrario en el siglo XVI*, Valladolid, Ayuntamiento, 1983; Ámbito, 1989; Valladolid, Maxtor, 2015; Javier Burrieza Sánchez, “Muere Bartolomé Bennassar, el historiador francés que mejor definió Valladolid”, en *El Norte de Castilla*, 10 noviembre 2018, p. 9.

<sup>2</sup> “Valladolid” en *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar por Pascual Madoz*, Madrid, 1849, t. XV, pp. 507-586.

<sup>3</sup> Esta obra de Matías Sangrador, editada en 1851, fue recuperada por el Grupo Pinciano en 1979 y, más recientemente, por la editorial Maxtor, en 2008.

Modesto Lafuente. El cronista Sangrador fue un auténtico historiador, en la línea del cuantitativismo y el positivismo, sin olvidar el trasfondo socioeconómico de la historia<sup>4</sup>.

Eso no quiere decir que no existiesen obras anteriores a la de Sangrador. La primera, propia de los inicios del siglo XVII, fue escrita por el que fue regidor Juan Antolínez de Burgos. La segunda, mucho más amplia, en el siglo XVIII (1750), es de Manuel Canesi. Ésta no fue publicada hasta 1996, siendo propiedad su manuscrito original de la Diputación Foral de Álava. Existió un intento ilustrado, pues Canesi no puede ser así considerado. Nos referimos a Rafael Floranes. Según explica Celso Almuiña, ya tenía muy avanzada esta “Historia de Valladolid” y además bien establecida —con numerosos apuntes tomados<sup>5</sup>— pero la muerte le impidió culminarla. Cinco tomos encontramos de estos apuntes en la Biblioteca Nacional, no lo suficientemente utilizados en la historiografía vallisoletana. Su tono será bien distinto. Mientras que fray Antonio Daza y Juan Antolínez de Burgos glosaron sobre la antigüedad de Valladolid en la ciudad romana de Pincia, Floranes indicó que aquel Valladolid que había sido fundado por el mencionado conde Pedro Ansúrez en el término de Cabezón, lo había hecho en un “sitio donde jamás avía avido otro Pueblo y mucho menos la celebrada Pincia del tiempo de los Romanos”<sup>6</sup>.

Y así, aunque la obra de Antolínez no se publicó hasta 1887, a lo largo de los siglos XVII y XVIII existieron de la misma, diferentes copias manuscritas, según veremos después. El que impulsó su edición fue el entonces catedrático de la Universidad de Valladolid, Juan Ortega y Rubio que, a su vez, ya había publicado una “Historia” propia de la ciudad en 1881<sup>7</sup>. A Ortega también lo podemos considerar un auténtico historiador, aportando una contextualización de la ciudad, pues supo ponerla en

---

<sup>4</sup> Celso Almuiña, “Historiadores Clásicos” en *Vallisoletanos*, n.º 27, vol. 3.º (1984), Valladolid, Caja de Ahorros Popular, 1983, p. 230. Teófanés Egido, “Zorrilla, su bicentenario y los otros cronistas de la ciudad” en Javier Burrieza Sánchez (ed.), *La mirada de Teófanés Egido*, Valladolid, Ayuntamiento, 2019, pp. 559-560.

<sup>5</sup> C. Almuiña, “Historiadores clásicos...”, p. 230. Los “Apuntes para la Historia de Valladolid” los encontramos en la Biblioteca Nacional [BN] en cinco tomos, mss. 11281-11285.

<sup>6</sup> BN, Rafael Floranes, *Apuntes para la historia de Valladolid*, t. I, Ms. 11281, f. 53.

<sup>7</sup> Juan Ortega y Rubio, *Historia de Valladolid*, Valladolid, Imprenta Hijos de Rodríguez, 1881, 2 volúmenes, después editada por el Grupo Pinciano en 1991. Publicó, corrigió, anotó y adicionó con un prólogo la obra de Francisco Gallardo y Merino, *Noticia de casos particulares ocurridos en la ciudad de Valladolid: año 1808 y siguientes*, Valladolid, 1886.

relación con la trayectoria histórica de España, según se aprecia igualmente con las obras de referencia que posteriormente irá aportando<sup>8</sup>.

### El género corográfico y la hagiografía de un santo.

Antolínez de Burgos fue la primera gran propuesta historiográfica total para Valladolid, aunque no la única en aquel siglo XVII. Así lo realizó el mencionado franciscano fray Antonio Daza en la primera “Vida” del todavía fray Pedro Regalado<sup>9</sup>. En una sociedad sacralizada, cuando una obra hagiográfica presentaba la vida de un santo, resaltaba la nobleza de su familia, pero también la cuna geográfica en la que había nacido<sup>10</sup>. El primer capítulo que planteó Daza fue un boceto de síntesis de la historia de la ciudad del Pisuerga, desde su nombre y antigüedad hasta algunos acontecimientos sucedidos en ella, especialmente los realizados con la Monarquía que era Católica por definición. La ciudad, por su carácter, había contribuido desde el nacimiento de este santo —lo hizo en una oculta familia de conversos— a las virtudes de su santidad: “aver

<sup>8</sup> Juan Ortega y Rubio ofreció distintas ediciones del *Compendio de Historia Universal* (Valladolid 1878-1885), *Compendio de Historia de España* (Madrid, 1889-1904), *Historia de la regencia de María Cristina Habsbourg-Lorena* (Madrid 1905-1906), *Historia de España* (Madrid 1908-1910) *Historia de América: desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días* (Madrid 1917).

<sup>9</sup> *Excelemias de la Ciudad de Valladolid, con la vida y milagros del Santo Fr. Pedro Regalado, natural de la misma ciudad: vno de los tres fundadores de la santa Provincia de la Concepción, de la Regular observancia de la Orden de nuestro Seráfico Padre San Francisco, dirigido al Rey nuestro señor, don Felipe III*, por el P. F. Antonio Daza, Prouincial de la misma Prouincia y Coronista general de la Orden, Valladolid, en casa de Iuan Laso de las Peñas, 1627. Este primer capítulo ha sido editado por la editorial Maxtor en 2011.

<sup>10</sup> Sobre el interesante género corográfico, Richard, Kagan, *Ciudades del Siglo de Oro: las vistas españolas de Anton van den Wyngaede*, Madrid, 1986; Idem, “La corografía en la Castilla moderna. Género, historia, nación” en *Actas del III Congreso de la AISO*, Toulouse-Pamplona, 1996, pp. 80-91. Ejemplos de género corográfico, Gonzalo Ayora de Córdoba, *Epítlogo de algunas cosas dignas de memorias pertenecientes a la ilustre y muy magnífica i muy noble i muy leal ciudad de Ávila*, Salamanca, 1519; Luis Peraza, *Antiquísimo origen de la ciudad de Sevilla*, Sevilla, 1536; Pedro de Medina, *Libro de las grandezas y cosas memorables de España*, Sevilla, 1549; Pedro Alcocer, *Historia o descripción de la ciudad imperial de Toledo*, Toledo, 1554; Ambrosio de Morales, *Las antigüedades de las ciudades de España que van nombradas en la Corónica, con la averiguación de sus sitios, y nombres antiguos*, Alcalá de Henares, 1575; Gil González de Ávila, *Historia de las Antigüedades de la Ciudad de Salamanca: vidas de sus obispos y cosas sucedidas en su tiempo*, Salamanca, 1606; Jerónimo de la Concepción, *Emporio de el orbe, Cádiz ilustrada: investigación de sus antiguas grandezas*, Amsterdam, 1690; Bernardo Dorado, *Compendio Histórico de la Ciudad de Salamanca*, Salamanca, 1776. Resulta también interesante, para el caso de Valladolid, el “Diálogo en Alabanza de Valladolid”, entre el Peregrino y el Ciudadano, que escribió Dámaso de Frías y que publicó Narciso Alonso Cortés (*Miscelánea vallisoletana*, vol. I, Valladolid, edición facsímil, 1994, pp. 225-287). Sobre la elaboración de las diferentes, Ricardo García Cárcel, *La herencia del pasado. Las memorias históricas de España*, Barcelona, 2011.

nacido en Valladolid el Santo Fray Pedro Regalado, me obliga tratar desta insigne Ciudad, no bastamente loada de los modernos, ni antiguos”. En Antolínez de Burgos, sin embargo, la “justa y natural afición á mi patria” y sus vinculaciones con la Ciudad como institución, le inclinaron hacia los conocimientos históricos, entonces no profesionalizados: “movió mi afecto, para continuar esto con más estudio y cuidado, la cortedad con que se porta, quando de esta ilustrísima ciudad trata, un libro intitulado Grandezas de España, escrito por el Doctor Pedro de Medina<sup>11</sup>”.

Daza, desde su boceto de compendio, dedicaba estas páginas al vallisoletano Felipe IV. No resultaba casual que, en su infancia y gracias al contacto con las reliquias del “Regalado”, el entonces príncipe de Asturias recuperara la salud mientras se encontraba en Aranda de Duero. El prodigio todavía era reciente en el imaginario colectivo, habiéndose plasmado iconográficamente. Aquel suceso había sido cuestión de Estado, tratándose del heredero de la Monarquía. La beatificación del reformador franciscano del siglo XV se encontraba en el horizonte de los frailes menores. Además, Valladolid, su cuna, carecía entonces de patrono y protector, por lo que era bueno disponer de la ayuda del monarca católico para conseguirlo, “como patria de tan gran Santo y del mayor Monarca del mundo”<sup>12</sup>, pues Felipe IV también era vallisoletano.

Aunque no había faltado opinión pública y publicística en los días de la Corte, era menester comenzar con la antigüedad de la ciudad del Pisuerga, pues ésta siempre era la cuestión que más interesaba. Daza subrayaba que la misma había sido silenciada por las historias de los romanos y de los godos, aunque en sus calles y edificios se habían realizado descubrimientos de “piedras antiguas, monedas y sepulcros de los romanos”. Daza confiesa haber visitado archivos —entre los que se encontraba el de Simancas— así como haber realizado consultas bibliográficas a “historias antiguas y modernas”. Las hipótesis que compendia fueron las que se van a convertir en clásicas como la fundación por el “Rey Vlit”, vinculado con el nombre de la que habría de ser ciudad, “pero es engaño manifiesto como adelante veremos”. Daza apuntaba diferentes lecturas como la “Crónica General de España” insistiendo que Valladolid debía ser identificada con Pincia o citando a Ambrosio de Morales, viajero que descubrió antigüedades y reliquias para Felipe II. Y así resumía que esta ciudad del Pisuerga “es lugar más antiguo de lo que se piensa y yo lo tengo por muy cierto y que se fundó antes de la Encarnación del Verbo”, es decir, hace más de dos mil años. Rápidamente salió a colación el “Itinerario” del cosmógrafo Ptolomeo, que situaba el origen de este

<sup>11</sup> Pedro de Medina —autor que vivió entre ca. 1493-1567— publicó en Alcalá de Henares en 1566, *Libro de grandezas y cosas memorables de España*. Juan Antolínez de Burgos, “A la insigne ciudad de Valladolid” en *Historia de Valladolid*, Valladolid, 1887, pp. 7-8.

<sup>12</sup> Fray Antonio Daza, “A la Magestad del Rey Nvuestro Señor Felipe Qvuarto” en *Excelencias...*, s.p.

Valladolid en el 290 antes de Cristo. En aquel texto clásico, Pincia era considerada como una de las “ciudades famosas del mundo”. La identificación, entonces, no suponía ninguna duda, avalada por el principio de autoridad<sup>13</sup>. Eso sí, aclaraba que era la Pincia que se situaba entre los pueblos vacceos. Para el cronista franciscano la continuidad era clara; pasando a ser posteriormente conocida como “Vallisoletum” y en romance, Valladolid. El cambio lo identificaba con los árabes, con la “destrucción de España”, asociada con ese valle del “Rey Moro Vlit”, al que se referirá más tarde como “señor de ochenta Reynos en Asia, África y Europa”.

Ese ataque del siglo VIII lo sufrió un núcleo de población —en opinión de Daza— rodeado de unas cercas muy maltrechas por su antigüedad. Posteriormente, se hablaba de distintas recuperaciones por parte de uno de los primeros reyes de Asturias —era necesario vincular a Valladolid con el inicio de la que era conocida como Reconquista—. Una victoria que fue representada junto a la primera Iglesia mayor de la villa, la Colegiata, en un león de piedra, con una bandera en la mano derecha que representaba al mencionado monarca —Alfonso I—, yerno de don Pelayo<sup>14</sup>. Se produjeron nuevas ofensivas musulmanas realizadas por Abderramán I y III, hasta llegar al nuevo tiempo del monarca cristiano Alfonso VI que, además, conquistó Toledo. Leyendo Daza la “Historia Eclesiástica de los Santos de España” de fray Juan Marieta, recordaba cómo Valladolid había sido reedificada y poblada por el conde Rodrigo —otras veces Pedro— Girón, identificado por fray Francisco de Herrera como Rodrigo Téllez de Cisneros, acrecentado Girón. Después llegó el acrecentamiento de la villa por el conde Pedro Ansúrez<sup>15</sup>. No habla Daza de fundación ni de repoblación, aunque sí confirma que este último fue sepultado en la Iglesia mayor que había fundado.

<sup>13</sup> “Assí por los muchos Autores que afirman ser Valladolid la antigua Pincia de quien trata Phtholomeo, como por la autoridad de este autor, que en lo que escriuió de sitios, y nombres de ciudades y lugares, la tiene tan grande que le parece al maestro Ambrosio de Morales, no ay otra mayor, ni más cierta por la puntualidad tan infalible con que gradua y señala los sitios de las ciudades en su latitud y longitud”, en *ibid.*, ff. 3-3v.

<sup>14</sup> “No solo porque como León los vencía sino porque los Reyes de aquella Corona traían por armas vn león [...] El Moro vencido a sus pies son los descendientes de Vlit que venció en esta batalla, como lo significa el letrero que dice: Olit oppidi conditor. Llámale fundador desta ciudad, no porque la fundasse sino porque quitándosela a los Christianos, y poblándola de Moros, la hizo como de nuevo, ilustrándola con algunos edificios, y mezquitas con que debió de aumentar mucho su población” en *ibid.*, ff. 6v-7.

<sup>15</sup> “La población de esta ciudad quando la pobló el dicho Conde no fue tan estendida como ahora, porque toda la encerró dentro de los límites de los muros de piedra con que la cercó: y aun se dize que las casas que son del Marqués de Táuara fueron suyas, y que junto a ellas estaua vna puerta de la villa que llamauan la puerta del Conde don Rodrigo. Después el Conde don Pedro Assures, e casado con doña Elo, de igual nobleza á la suya, la acrecentó mucho con la gran puente de Pisuerga, Iglesias, casas, Cofradías y Hospitales que hizo en ella” en *ibid.*, f. 13.

Sin embargo, describiendo las armas propias de Valladolid —“que parecen llamas, dizen muchos, que no lo son”— apuesta este autor que se trataba de “girones amarillos en campo rojo, del conde don Rodrigo Girón”, aunque con algunas variaciones en su posición. En la orla aparecían ocho castillos, identificados con los que estaban dentro de su jurisdicción de la villa, en el entorno formado por dos leguas a la redonda. Junto a las armas, la nobleza se identificaba con esta ciudad como cualidad y, por tanto, definida por las acciones de los que se comportaban como tales. Juan II le había otorgado en 1422 ese título de “Muy noble”, por lo que no había resultado extraño antes que María de Molina hubiese convertido al Concejo en tutor de su nieto, el futuro Alfonso XI, tras su muerte, a través de los “caualleros, regidores é homes buenos desta villa”. La culminación de este ennoblecimiento, y por ende de sus hijos, fue la concesión por parte de Felipe II del título de Ciudad, el 14 de enero de 1596, después de que Clemente VIII elevase a la categoría de Catedral a la antigua Colegiata, con obispos que sustitúan a abades muy ilustres<sup>16</sup>. Por eso, no era extraño, bajo estos criterios y coordenadas, que los cronistas destacasen que Valladolid era un escenario adecuado para celebrar los matrimonios de los monarcas y el nacimiento de sus hijos, así como la convocatoria de Cortes.

Una de las primeras cosas que describe fray Antonio Daza de esta ciudad del Pisuerga es lo que después será definido como “tierras entre ríos”: esas aguas cristalinas del Esgueva —lo que resulta demasiado apologético—, los muchos puentes que lo cruzaban dentro del propio núcleo urbano, poblado éste de edificios que definían su “magestad y grandeza”, unido a la “santidad de sus monasterios y templos”, sin olvidar las riquezas “de sus comercios y tratos”. Un escritor del siglo XVII como éste, aunque fuese franciscano, no podía dejarse de percatar acerca de la buena ubicación de la ciudad y de la circulación de personas y mercancías, mostrándose muy lejano, en ese tono hagiográfico de lo urbano, de lo que habían dicho los bien pagados críticos en los tiempos de la Corte, partidarios del regreso a Madrid. Daza echa mano de los tópicos de la bien provista, de la bien recorrida por las fuentes —como la muy reciente traída de aguas de Argales realizada por Felipe II—: “vn territorio tan ameno y fértil que a todos enamora”: “Sus calles tan espaciosas y llanas. La hermosura de su plaça, edificada a nivel, con tantos balcones y rejas, teatro donde los Reyes de España mostraron el Non plus ultra, de su grandeza, misericordia y justicia”<sup>17</sup>.

Antonio Daza dará cuenta de las instituciones propias de la ciudad, las que están en relación con la Monarquía —sin olvidar la Chancillería—; las que habitan el estado social más prestigiado de aquella sociedad sacralizada, es decir el clero, con los

---

<sup>16</sup> *Ibid.*, f. 17v.

<sup>17</sup> *Ibid.*, ff. 18v-19v.

numerosos monasterios y conventos dentro de una ciudad levítica; de las asistenciales para con los ámbitos marginados. Dará cuenta, por ejemplo, de la cofradía de San José que criaba a los niños expósitos, “y son tantos que el año pasado, de mil y seiscientos y veinte y quatro, se criaron seiscientas criaturas, según parece por el libro del hospital del dicho año”. Con éstos, Daza aporta incluso datos recientes. La proyección social de más de doscientas cofradías era muy notable, realizándose una importante labor asistencial con sus hospitales, “obras de misericordia, dignas de la piedad y riqueza desta ciudad, que todo lo sustenta con sus limosnas”. No se olvida de especificar, casi como si se tratase de una ciudad-estado italiana, cómo era su poder municipal, “vn ilustríssimo Senado, de treinta y tres regidores, con su corregidor, dos tenientes, cien escriuanos reales y treinta del Número, muchos alguaziles y cárcel, con todos los oficiales y ministros, que a tal república pertenecen”<sup>18</sup>. No podía olvidar Daza la existencia de la Universidad, calificada como una de las más famosas de España. Así, la gente de Valladolid es definida por este autor como “piadosa, liberal, caritativa y limosnera, de lindos y claros ingenios y ha auído en ella, hombres muy doctos, en todas facultades y ciencias”<sup>19</sup>. Desde esta definición se explicaban los servicios que la ciudad había prestado a la Monarquía, en las empresas bélicas contra los musulmanes; todo ello coronado con el nacimiento de diferentes monarcas en la ciudad como sucedió con Enrique IV, pero especialmente Felipe II y Felipe IV, en cuyo reinado este cronista franciscano estaba escribiendo —“grandes monarcas de España y del nuevo mundo”—. Y así, testimonio de esta nobleza, se hallaba patente en la construcción de los palacios, en los que moraron también estos reyes.

Pero para este franciscano, no todo fueron vinculaciones con la Monarquía. Si Valladolid se presentaba como la cuna de un santo de la Orden Seráfica, eran de gran importancia las connotaciones que la ciudad podía tener con estos frailes mendicantes. No se trataba de detallar únicamente las asambleas y concilios de la Iglesia, nunca ecuménicos, sino los capítulos generales de los menores de San Francisco. De estos se habían celebrado dos, en los cuales —subraya Daza— “mostró la Ciudad la liberalidad de su ánimo y la deuoción que ha tenido siempre a esta sagrada Religión”. Por eso, no era extraño afirmar que por Valladolid habían caminado el propio san Francisco de Asís y uno de sus primeros hermanos, fray Gil. Una villa o ciudad no era únicamente importante por los reyes que hubiesen nacido en sus palacios o por las decisiones importantes que se hubiesen tomado detrás de sus muros, sino también por haber

---

<sup>18</sup> *Ibid.*, f. 21.

<sup>19</sup> *Ibid.*, f. 25.

“gozado de la vista y conuersación destos santos”<sup>20</sup>. Los historiadores posteriores se van a hacer eco de estas afirmaciones.

### **El primer compendio sobre la historia de Valladolid.**

El estudio del breve texto de Antonio Daza no retira a Juan Antolínez de Burgos la consideración de primer sintetizador de la historia de Valladolid, desde sus orígenes hasta su entonces tiempo presente. Lo que realiza este regidor lo tendrán en cuenta posteriormente. Manuel Canesi elaboró su amplia “Historia de Valladolid” (1750) pretendiendo corregir lo que él consideraba errores de su predecesor. Sin embargo, no lo consiguió por lo que tampoco, en el planteamiento, supuso un avance historiográfico. No debemos olvidar que esta obra de Antolínez se convierte en un trabajo, de alguna manera, colectivo. Existía un núcleo inicial del propio autor al que se fueron sumando otras informaciones, como las que añadió el abogado Gaspar Uriarte, fallecido en 1656 y que se publicaron en la primera edición de 1887<sup>21</sup>. Antolínez responde a la historia de los acontecimientos, a la “historia historizante” que fue asumida por las aportaciones posteriores, como sucedió con el mencionado Sangrador. Ortega y Rubio, como subraya en la “Advertencia” de su edición, no está de acuerdo con lo que indicaba Rafael Floranes desde su visión ilustrada. Confesaba que tanto él, como Uriarte como su antecesor Matías Sangrador, se beneficiaron notablemente de estas investigaciones:

“que su autor [Antolínez] manifiesta un gran estudio y laboriosidad y que la obra encierra muchos y curiosos datos. No acertamos á comprender como no ha visto la luz pública este libro, y somos de opinión que la ciudad de Valladolid, si no ingrata,

---

<sup>20</sup> *Ibid.*, f. 24v.

<sup>21</sup> En la copia existente en la Biblioteca de Santa Cruz y que conoció su primer editor Juan Ortega y Rubio se indica desde la página 183: “en la copia de esta Historia de Valladolid que dexó en su estudio y librería Don Francisco Ronquillo y Briseño, conde de Gamedo, en dicha Ciudad, están al fin las notas siguientes: Este libro de la historia de Valladolid no se ha dado a la imprenta y la Ciudad y sus vezinos desean aueriguar que verdad tenga, lo que en el se trata y si ai algunas cosas dignas de quitar o añadir, para que corregido y enmendado por persona que para ello tenga autoridad letras y entendimiento, se de a la imprenta y con este fin y hazer algún serbizio a la ciudad donde nació. Gaspar de Vriate buscaua algunas cosas que reducir a escrito para que sirvan de advertencias a la persona que debiere corregir y enmendar dicho libro; no hirán por orden ni guardando años sino como las fuere allando, se pondrán aquí para que se tome de ellas lo que pareciere importante a la historia acomodándolo en sus debidos lugares, empezóse Domingo día de Pasqua de Espíritu Santo 15 de mayo de 1644”, en BUV, Santa Cruz, ms 324, f. 183. Ortega la incluyó en su edición de 1887 desde la página 421-440.



que hartas pruebas dá siempre de lo contrario, ha sido olvidadiza con uno de sus mejores y más cariñosos hijos”<sup>22</sup>.

Celso Almuíña<sup>23</sup> ha ofrecido los datos que disponemos de este hombre del poder municipal, aunque distintas copias manuscritas que de la obra primitiva se realizaron, habían incluido algunos apuntes a una existencia prolongada que se vio ensombrecida por las acusaciones de ilegitimidad. Efectivamente, Antolínez de Burgos nació de una relación desigual que, de haberse consolidado, hubiese perjudicado la promoción de su padre, Escipión Antolínez. Sin embargo, su hijo —criado por sus abuelos paternos— afirmó que sus padres se habían dado palabra de casamiento antes de la conclusión del Concilio de Trento en 1563, condición considerada entonces como suficiente para ser matrimonio legítimo, aunque la muerte de su madre impidió la bendición de la Iglesia. Finalmente, Juan Antolínez de Burgos no solamente fue regidor sino también procurador en Cortes, sin que faltasen por ello los pleitos.

Mientras el franciscano Daza no se había visto necesitado de culminar en su horizonte una síntesis histórica de Valladolid, Antolínez de Burgos abarcó en su obra hasta lo que entonces era tiempo presente, el reinado de Felipe III, dando incluso noticia del fallecimiento del duque de Lerma en 1625, retirado entonces en Valladolid, ya en los días de Felipe IV y después de haberse producido el encarcelamiento y procesamiento de Rodrigo Calderón desde 1619. Debemos indicar que en el libro segundo —relativo a las fundaciones religiosas de la ciudad— existen noticias posteriores a esta fecha, incluso del año anterior a la muerte de Antolínez de Burgos en 1638, que podían proceder de añadidos posteriores. Con claridad debemos situar, para el texto primero del regidor, el final del reinado del monarca en 1621.

Ya nos hemos referido al importante “epígono” que realizó el abogado Uriarte en 1644, lo que indica que la obra había sido recibida y había despertado algunas reacciones, llamando a ser entregada a la imprenta, aunque también a matizar algunos de sus contenidos. Narciso Alonso Cortés ha identificado nuevos autores posteriores como Ronquillo Briceño o Rafael Floranes<sup>24</sup>; sin olvidar lo que sumó el que fue rector de la Universidad de Valladolid y diputado a Cortes, Gabriel Hugarte en 1820 —con

---

<sup>22</sup> Juan Ortega y Rubio, “Advertencia” en Juan Antolínez de Burgos, *Historia de Valladolid*, Valladolid, 1887.

<sup>23</sup> C. Almuíña, “Historiadores Clásicos...”, pp. 231 y ss.

<sup>24</sup> “Acerca del mérito de la obra [...] el Sr. Floranes —escribe Juan Ortega y Rubio en su edición de la Historia de Antolínez— en una carta al P. Risco, su fecha 13 de Abril de 1782, la califica de “no bien tratada” J. Ortega y Rubio, “Advertencia” en Antolínez, *Historia de Valladolid*, pp. 5-6; Narciso Alonso Cortés, “Antolínez de Burgos. Primer Historiador de Valladolid”, *Misclánea Vallisoletana*, Valladolid, edición facsímil, 1994, pp. 483-506.

precisiones sobre la cronología—, pudiendo eliminar Ortega y Rubio lo que parecía menos verosímil. De alguna manera, Celso Almuiña ha hablado de una “nueva” Historia de Valladolid de Antolínez de Burgos, la que fue editada en 1887<sup>25</sup>, sobre un texto original que nunca sabremos cómo fue realmente. Debemos tener en cuenta también la consideración de obra abierta, la valoración que se tenía acerca de la autoría en aquellos siglos —sin que existiese el concepto de propiedad intelectual— pero también la entrada sin escrúpulos dentro de un texto que guardaba su planteamiento y coherencia.

Frente a estos matices, la estructura de esta “Historia de Valladolid” no vivió grandes variaciones. La intención del autor se fijaba en el deseo de recuperar la memoria de lo “ilustre, magnífico y glorioso”, sin olvidar el valor de las acciones nobles y la aplicación que el pasado tenía sobre la propia moral colectiva e individual y, por tanto, desde lo imitable. Antolínez tuvo en cuenta la sucesión de los acontecimientos, siguiendo el tono de las fuentes que utilizaba, en la misma línea de lo escrito por fray Antonio Daza, desde los libros de crónicas — “muchos libros auténticos, de manuscritos”— pero también desde la propia “observación de antigüedades”. La utilización de documentos que requerían una búsqueda e investigación, y la utilización de la observación “arqueológica” se convirtieron en elementos metodológicos que proyectaron la obra hacia el futuro. Todo un material que podía ser utilizado siguiendo un método cronológico, diacrónico y temático. Así se dividía en el primer libro la narración, de acuerdo a los reinados; para continuar en un segundo, refiriéndose a diversos temas monográficos bajo el subtítulo “fundaciones, patronato de iglesias, monasterios y cofradías”, una historia eclesiástica —como la define Almuiña— tratada de manera diacrónica. Pudo haberse planteado la realización de una tercera parte que respondía a la historia biográfica de “Varones ilustres”, ya desarrollada en aquel siglo para distintas órdenes religiosas<sup>26</sup>. Para el caso de Valladolid, fue un camino que dejó

---

<sup>25</sup> La edición facsímil la impulsó el Grupo Pinciano cien años después de la edición de Ortega en 1987, con una introducción de Celso Almuiña.

<sup>26</sup> “Prométese Volumen grande aparte de Varones Ilustres Hijos, de Valladolid: Ha sido tan colmado el fruto de Varones en todas artes, insignes de Letras y Armas especialmente señalados que en cada vna de las hedades ha producido Valladolid” en Biblioteca de Santa Cruz, *Historia de Valladolid que dexo manuscrita Juan Antolínez de Burgos, vezino y natural de la misma Ciudad, año 1722, trasladose año del Señor de 1722*, ms. 324, ff. 180-181.

trazado Antolínez y que las aportaciones de la historiografía decimonónica lo supieron culminar<sup>27</sup>.

En cuanto a los contenidos, Antolínez de Burgos comenzó con asuntos que ya había abordado Daza en sus “Excelencias”, por ejemplo, el nombre de Valladolid y la identificación con Pincia<sup>28</sup>. Lo importante era remontarla con la antigüedad suficiente, sobre todo en esa relación de pueblos prerromanos y con la conquista romana que también era garantía de civilización, origen que tenían muchas ciudades en España y del cual Valladolid no debía prescindir. Antolínez daba pruebas a través del habitual y repetido “principio de autoridad”. Este autor trataba de aportar pruebas —tras la destrucción de la ciudad primitiva y la posterior invasión del moro Ulit<sup>29</sup>— a través de lo que él había visto, por ejemplo, en 1595, en los descubrimientos arqueológicos: “abriendo unas zanjas para echar cimientos, en una pieza baja que se disponía para Iglesia, se descubrieron muchos sepulcros labrados de cantería, y los cuerpos que en ellos estaban tenían todas las señas de ser romanos”<sup>30</sup>.

Si Daza se había referido a las condiciones climáticas y geográficas, con mediciones de altitudes y latitudes —aunque rápidamente se detuvo—, Antolínez parece realizarlo con mayor especialización<sup>31</sup>. Debemos pensar que las características climatológicas de

---

<sup>27</sup> Matías Sangrador, “Tercera Parte. Biografías de los hombres y mujeres célebres naturales de esta Ciudad”, en *Historia de Valladolid*, Valladolid, 1854, vol. 2º, pp. 361-490; Casimiro González García-Valladolid con su obra *Datos para la historia biográfica de Valladolid*, Valladolid 1893-1894, dos vols. También Ortega y Rubio, el catedrático-editor de Antolínez, realizó en 1891 y 1893 dos obras de varones ilustres, aunque desde el criterio esencial que él manejaba: el de la intelectualidad. Estamos hablando de *Pequeños Bocetos* (1891) y *Vallisoletanos* (1893).

<sup>28</sup> “Llamóse Valladolid en su principio Pincia”, en Antolínez, *Historia de Valladolid*, p. 11.

<sup>29</sup> “En el discurso de la conquista de estos reinos hecha por los moros, uno de los capitanes de ellos llamado Ulit, enamorado del sitio y asiento de este valle, se quedó en él, y con las reliquias que de su destrucción habían quedado, le reedificó, y dejando el nombre antiguo de Pincia, tomó el de su reedificador, y desde entonces se llamó Valledculid”, en *ibid.*, pp. 18-19.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 17.

<sup>31</sup> “Tiene Valladolid su asiento en las riberas del río Pisuerga: su territorio es fertilísimo de pan, carnes y frutas de todo género. Consta de suntuosos edificios y fábricas elegantes; sus calles son largas, alegres y espaciosas, adornadas de casas principales y palacios magníficos. Vense en ella todos los oficios, repartidos con gran política y arte, por cada calle contiene señaladamente el suyo”, en *ibid.*, p. 9.

Valladolid, con las que este segundo se mostraba benevolente<sup>32</sup>, había sido un tema de actualidad, sobre todo en la Corte filipina en la que había vivido y que había formado parte de los argumentos de aquellos memoriales lanzados con violencia, desde los partidarios de la residencia madrileña y respondidos en la defensa de lo vallisoletano. Incluso, había sido un tema recurrente en Quevedo, Góngora y en las respuestas del licenciado Vidriera de Miguel de Cervantes.

Tampoco Antolínez obvió las armas de Valladolid, aunque ponía mucho más interés en el papel fundamental del conde Ansúrez frente a Rodrigo Girón<sup>33</sup>. “Mi sentir —escribe Antolínez— siempre será de parte de que desde su principio fueron llamas”<sup>34</sup>. Los únicos temas que rompían con la narración cronológica se referían a las instituciones que definieron a este núcleo de población como sucedió con la Universidad y, especialmente, con la Chancillería. Con todo, el desarrollo de estas páginas se nutrió de esa relación de los hechos ocurridos en Valladolid, vinculados habitualmente con los hitos de aquella Monarquía, sin olvidar algunos acontecimientos extraordinarios como podían ser los incendios o los autos de fe. Se produjo un olvido de los protagonistas de la cotidianidad porque ellos no lo eran de lo ocurrido de manera extraordinaria y no participaban del status de los privilegiados.

En esa sociedad sacralizada, naturalmente, las principales instituciones que ocuparon las páginas de esta segunda parte fueron las eclesiásticas, por lo que se demuestra una vez más la importancia que Antolínez de Burgos otorgaba a la Iglesia,

---

<sup>32</sup> “Tiene dos ríos vecinos, ambos de mucho aprovechamiento, aunque para diversos efectos: uno es Pisuegra y otro Esgueva [...este segundo] cuya agua es limpia y sin cieno, es salobre y así deja salada la tierra por donde pasa; esto se prueba porque los pastores buscan siempre el pasto para sus ganados en los prados que riega, por haberles enseñado la experiencia que con él hallan en sus crías más salud y las carnes más sabrosas, cualidades que no se reconocen iguales en los demás términos de Valladolid; los peces y bermejuelas que en él se pescan tienen más sazón y son de mejor gusto que los de Pisuegra: el uso y aprovechamiento del río Esgueva es de gran consideración para la limpieza de la ciudad por cuyo medio pasa un brazo de este río que preserva los daños que ocasionan los inmundos y comunes olores”, en *ibid.*, p. 24.

<sup>33</sup> “En muchas partes de su historia se contradice el Doctor Gudiel cuando pretende que las llamas no lo sean, sino armas del conde Don Rodrigo, que son girones, y con los mismos argumentos dificulta que Valladolid pudiese ser reedificada del conde Don Pedro Ansúrez, sino por Don Rodrigo de Cisneros; y lo que en hecho de verdad pasó, según la común sentencia de los historiadores, fue, que de orden del Rey, el conde Don Rodrigo vino a poblar a Valladolid y sobre algunas antiguas reliquias que de él habían quedado, armó los nuevos edificios que no fue empresa de menos gloria y cuenta, y que supone bien las muchas excelencias é importancia del sugeto, el cual fue siempre escogido para los negocios mas graves y convenientes á la corona y así se le encomendó poblase á Valladolid que estaba arruinada desde que el rey Don Ordoño mató en batalla campal al moro Ulit, último señor de ella”, en *ibid.*, pp. 32-33.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 32.

siendo uno de los pilares de la sociedad junto con la nobleza. La fórmula de lo planteado en esta obra, como hemos dicho, va a seguir teniendo éxito, sobre todo entre los historiadores más profesionales. Por eso, Almuiña piensa que Juan Antolínez de Burgos es el “gran historiador de Valladolid”<sup>35</sup>.

### **Una importante tarea pendiente.**

Tras habernos preocupado de la conformación de la obra, como conclusión provisional, debemos preguntarnos sobre las copias manuscritas que han existido desde su elaboración hasta que llegó a la imprenta. Sin olvidar, la benemérita tarea editorial e investigadora de Ortega y Rubio, él mismo se preguntaba, en el prólogo de 1887, sobre la coincidencia de la copia que conservaba su amigo e impresor Félix Rodríguez —que había publicado ya una “Bibliografía Vallisoletana”— con la original de Antolínez de Burgos. Descubría cuáles habían sido los ejemplares manuscritos que él había consultado —hasta tres<sup>36</sup>—, para ofrecer la edición que pensaba podía responder con mayor fidelidad a la original. Almuiña indicaba que en el Archivo Histórico Nacional existían cinco copias, sin olvidar las de la Real Academia de la Historia<sup>37</sup>, el Archivo Universitario — fechada en 1644 y procedente como copia de la del Archivo de la Ciudad—, además de la ilustrada de la Biblioteca Nacional<sup>38</sup> y la que hemos podido localizar en la de pergamino del Real Colegio de Ingleses. Hoy la tarea, además de conocer todas y cada una de estas versiones, es todavía mayor pues un texto del valor del propio de Antolínez de Burgos, debe ser ofrecido en una edición anotada, poniéndole en relación con la amplia historiografía actual de una ciudad de tanta proyección como Valladolid. En esta disposición nos encontramos.

---

<sup>35</sup> C. Almuiña, “Historiadores clásicos...”, p. 237.

<sup>36</sup> La mencionada del impresor Félix Rodríguez, la depositada en la Universidad de Valladolid en su Biblioteca de Santa Cruz y la que adquirió el propio Ortega y Rubio en su biblioteca.

<sup>37</sup> Real Academia de la Historia [RAH], Juan Antolínez de Burgos, Historia de Valladolid, 9/5410.

<sup>38</sup> BN, mss. 19325-19326.



# Los dominicos del convento de Santa Catalina virgen y mártir de Barcelona y la Universidad de Cervera en el siglo XVIII

Fr. Alejandro J. López Ribao OP\*  
Facultad de Teología San Vicente Ferrer de Valencia

Una de las consecuencias más destacadas en territorio catalán tras la derrota sufrida por sus instituciones en la Guerra de Sucesión (1701-1713) fue la supresión de todas sus universidades y posterior centralización en la recién erigida Universidad de Cervera. Dicho centro fue durante el resto del siglo XVIII y parte del siglo XIX la única institución universitaria del Principado. Sin embargo, en nuestra opinión, es fácilmente constatable que siguen faltando estudios sobre la misma o sobre aspectos concretos de su desarrollo. Y sustancialmente la elaboración de una monografía dedicada a la historia y aportación de la Orden de Predicadores a dicho centro de estudio<sup>1</sup>.

Nuestra intención en estas breves líneas no es elaborar el apelado estudio, sino centrarnos en los puntos que se relacionan de forma significativa con la historia del convento de Santa Catalina virgen y mártir de Barcelona, principal núcleo del dominicanismo catalán y protagonista de su política intelectual, a lo largo del siglo XVIII. Para ello nos centraremos en tres puntos. En primer lugar, trataremos sobre el número de cátedras concedidas a aquella orden en propiedad y los problemas que a lo largo del siglo dicha concesión generó. Posteriormente enumeraremos los catedráticos que las ocuparon, analizando ciertas características de su perfil. Por último, intentaremos iluminar sumariamente algunos otros rasgos de la aportación de la Orden de Predicadores al centro universitario.

El tema de la concesión de cátedras a la Orden de Predicadores en la recién creada universidad cuenta con el especial interés de ir más allá de la historia institucional; y es

---

\* ORCID: 0000-0003-3432-1083

<sup>1</sup> Por ejemplo, para el caso de la Compañía de Jesús contamos con la tesis doctoral de Josep Maria Benítez i Riera, *La contribució intel·lectual dels jesuïtes a la Universitat de Cervera* [Microforma] (dir. Pere Molas i Ribalta), Universitat de Barcelona, Publicacions Universitat de Barcelona, 1990.

que debemos recordar que este centro fue uno de los lugares donde se vivió de forma especial la siempre polémica relación con la Compañía de Jesús. En Cataluña tradicionalmente la enseñanza superior había estado en manos de las órdenes mendicantes y en bastante menor medida de las monásticas o el clero secular. A comienzos del siglo XVII las numerosas universidades estaban controladas en sus estudios de filosofía y teología por dominicos y franciscanos, y en menor medida por agustinos. Sin embargo, como bien recuerda Ricardo García Cárcel, el clero regular fue particularmente perseguido por austriacista tras la victoria final de Felipe V, siendo que en este ámbito de la concesión de cátedras donde también se dejó sentir la represión<sup>2</sup>. A partir de mediados del siglo XVII hasta 1767 se llevó a cabo una dura lucha contra la Compañía de Jesús para conseguir el control de la enseñanza superior. Desde el colegio de Cordelles de Barcelona los jesuitas consiguieron crear una red de centros en diversas poblaciones catalanas “y una posición preeminente, incluso hegemónica en ciertos momentos, en la Universidad de Cervera”<sup>3</sup>.

Acordado el 16 de noviembre de 1714, con carácter de interinidad, el traslado a Cervera de la mayor parte de estudios que se cursaban en la Universidad de Barcelona por decreto del príncipe de T'Serclaes fueron designados, por el mismo decreto, los catedráticos que debían encargarse de impartir docencia. El único dominico elegido para aquel oficio fue fray Bernat Rivera ocupando una de las tres cátedras de teología. Un año más tarde, en 1715, se incorporó al claustro un segundo fraile blanquinegro, fray Diego Andrés de Pomar, ocupando una de las cátedras de filosofía<sup>4</sup>. De esta manera quedaba esbozado el número de las cátedras que los dominicos regentarían en la universidad.

En el Real Decreto de erección de la universidad, fechado el 11 de mayo de 1717 y ratificado el 17 de agosto del mismo año, Felipe V disponía la creación de una cátedra de filosofía y otra de teología de escuela tomista vinculadas a la Orden de Predicadores<sup>5</sup>. Con el objetivo de economizar indicaba que “podrán proponerse para ellas Sugetos de las Religiones, que hoy està en Cervera”<sup>6</sup>. Los dominicos cumplían sin problema dicha

---

<sup>2</sup> Ricardo García Cárcel, *Felipe V y los españoles*, Barcelona, Debolsillo, 2003, p. 105. El autor destaca el caso de los agustinos, carmelitas y franciscanos, aunque también nos atreveríamos a apuntar el de los dominicos tal y como quedará ejemplificado en nuestro estudio.

<sup>3</sup> Joaquim Prats Cuevas, “Iglesia, enseñanza y pensamiento en la Cataluña de Setecientos: propuestas y reflexiones”, en *L'eglésia a la Catalunya del segle XVIII*, Cervera, UNED, 1990, vol. 1, pp. 158-159.

<sup>4</sup> Manuel Rubió i Borràs, *Historia de la Real y Pontificia Universidad de Cervera*, Barcelona, Librería Verdager, 1915, vol. 1, pp. 95, 98 y 395.

<sup>5</sup> *Ibid.*, vol. 2, p. 268.

<sup>6</sup> *Estatutos y privilegios apostólicos y reales de la universidad y estudio general de Cervera*, Cervera, Josef Barber y compañía, 1750, p. 5.



providencia ya que la fundación del convento de San Pedro Mártir se fechaba ya en el año 1318<sup>7</sup>.

Desde el año 1725 la provisión de cátedras fue por oposiciones exceptuando las vinculadas a las órdenes religiosas<sup>8</sup>. Parece que en algún momento del siglo se pensó en suprimir esta vinculación o en secularizar las cátedras. El hecho condujo a una representación conjunta de dominicos y jesuitas a las autoridades competentes. En aquel documento las dos órdenes denunciaban la intención de desvincularles las cátedras que ocupaban y solicitaban la continuidad del sistema existente y la consolidación de la división institucional de las escuelas<sup>9</sup>.

En los estatutos aprobados por Fernando VI en 1749 se refrendaba la concesión. En ellos se podía leer que:

“En atención à la resuelto, y declarado por mi difunto Padre, y Señor (...) y considerando quan recomendables son en los Estudios publicos las doctrinas en Theologia, y Artes, que manaron como de fuentes copiosas del Angelico Maestro Santo Thomás, del Eximio Doctor Francisco Suarez, y del Doctor Sutil Juan Duns Escoto: Estatuimos, que las tres Cathedras de Prima de Theologia queden perpetuamente fixas, y adjudicadas à cada una de las tres Religiones Jesuita, Dominicana, y Franciscana, por lo respectivo à las tres distintas doctrinas (...). Por los mismos motivos expressados: Estatuimos, que à cada una de las tres Religiones Franciscana, Jesuita y Dominicana quede fixa, y destinada perpetuamente una Cathedra de Artes con que se enseñen las tres opiniones de Filosofia Thomista, Jesuitica, y Escotista”<sup>10</sup>.

La forma de concederlas, en el caso de los dominicos, era por terna presentada al Consejo Real por el provincial y definitorio de la provincia de Aragón. Se exigía que los así presentados fueran maestros o al menos presentados en el caso de los catedráticos teólogos y que hubieran ya leído en alguna de las principales casas de la provincia en el de los filósofos<sup>11</sup>.

Como hemos podido leer el decreto de erección de 1717 preveía una cátedra de teología y otra de filosofía en propiedad no solo para los dominicos sino también para

---

<sup>7</sup> Alberto Collell Costa, “Ayer de la provincia dominicana de Aragón”, *Analecta sacra Tarraconensia* 39 (1968), p. 227.

<sup>8</sup> Manuel Rubió i Borràs, *Historia de la Real...*, vol. 1, p. 374.

<sup>9</sup> Joaquim Prats Cuevas, *La Universitat de Cervera i el reformisme borbònic*, Lérida, Pagès Editors, 1993, p. 264. El autor del libro indica que la representación no esta fechada y por lo tanto no podemos saber en qué fecha se llevó a cabo.

<sup>10</sup> *Estatutos y privilegios apostólicos...*, pp. 62-63.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 63.

los jesuitas y los franciscanos. Dichas cátedras se vinculaban a sus correspondientes escuelas, suarista y escotista respectivamente. El problema fue que a la Compañía de Jesús se le concedieron, por el mismo decreto, otras dos cátedras: una de retórica y otra de Sagrada Escritura con obligación de enseñar lengua hebrea<sup>12</sup>.

Los dominicos nunca aceptaron esta situación de desigualdad e inferioridad frente a los jesuitas, siendo por tanto uno de los puntos de mayor tensión entre los frailes predicadores y la Compañía y, como no podría ser de otra manera, entre la escuela tomista y la suarista.

A lo largo del siglo XVIII se localizan dos iniciativas para mejorar la posición de la Orden de Predicadores en la Universidad de Cervera mediante la obtención de una tercera cátedra en propiedad. Concretamente una segunda cátedra de teología. La primera se fecha en 1724 y la segunda veinte años más tarde, en 1745. Ninguna de las dos, por diversas razones, llegó a buen puerto.

A principios de la década de los años veinte Luis de Curiel y Tejada, del Consejo de Su Majestad, ofreció al prior provincial de Aragón, en aquel momento fray Tomàs Ripoll, mediar para inclinar el ánimo del rey a conceder otra cátedra de teología en propiedad a la orden en Cervera a cambio de que esta erigiese un colegio en la ciudad y lo dotase de seis colegiales. Para estudiar la oferta mandó que se propusiera en una junta especial que reuniese a los maestros en Sagrada Teología y priores de los conventos del Principado. Se quería convocar a todos ellos porque la realización de la obra y dotación del colegio con los seis colegiales indicados debería correr a cargo de todos los conventos catalanes<sup>13</sup>.

La votación y respuesta de la junta a la supuestamente generosa oferta fue negativa. Fray Tomàs Ripoll, en calidad de prior provincial, fue el encargado de redactar una larga carta, fechada en Barcelona el 2 de septiembre de 1724, donde exponía detalladamente las razones:

“En primer lugar doy gracias en su nombre a vuestra señoría por su grande afecto a la religión y a su doctrina con el qual procurava inclinar el real ánimo de Su Majestad a dar dos cáthedras fixas de theología a la orden en aquella universidad y por lo mismo sienten los padres que sea con la condición de hazer y mantener dicho colegio a costa de los conventos. Lo qual todos uniformes lo han juzgado no solo dificultoso sino también impossible en el estado presente que tienen dichos conventos de sus rentas. Es bien notoria la univiersal pobreza de este Principado y la mucha dificultad tienen los que viven de rentas de cobrarlas y lo mucho que las comunidades todas están atrassadas assí

<sup>12</sup> Joaquim Prats Cuevas, *La Universitat de Cervera...*, p. 260 y Manuel Rubió i Borràs, *Historia de la Real...*, vol. 2, p. 273.

<sup>13</sup> Arxiu de la Universitat de Barcelona [AUB], 02.3021.16, f. 1r.

por la dificultad de cobrar las rentas que se han conservado como por las muchas que se han perdido.

Y baxando a lo particular de nuestros conventos puedo dezir en confirmación de lo que los padres han dicho lo que yo en la visita de dichos conventos he hallado. Todos lo pasan empeñados y algunos con execisto (sic) empeño, como sucede a este de Barcelona, el qual sobre haverse visto forçado en años passados a vender lámparas y otra plata de la iglesia para dar de comer a los religiosos y reparar ruinas de la iglesia y convento y haver gastado de capitales para lo mismo gruesas summas que las está deviendo y les falta su fruto como otras rentas que tenía el convento sobre cassas del todo destruidas y otras sobre los comunes y haziendas confiscadas corre en empeño presente de deuda de más de cinco mil libras. A más que este convento y los más del Principado necessitan de fabricar y muchos se puede dezir que están sin convento ni iglesia, como el de Lérida, el de Tortosa, el de Vique, el de Ciudadilla, el de Peralada y el de Uldecona y otros que están con bastante necessidad de reparos y entre estos es de los más pobres el de Cervera. Y algunos conventos sienten la falta de rentas que algunos bienhechores les dexaron con la obligación de leer sus religiosos chátedras de philosophía y theología en los estudios de las ciudades como son el de Vique y el de Manrresa y aquellas deven aora emplearse en lo que dispusieron los testadores faltando nuestra letura. Y otros, como el mismo de Vique, el de Tarragona y el de Gerona, hallan también menos las que possehían de las cáthedras que en sus universidades regentavan nuestros religiosos ganándoselas en concurso de otros.

Por la misma razón de la pobreza y empeños de los conventos no pueden estos dar hábitos y vestir religiosos porque no pueden mantenerlos en los conventos de noviciado que son solos dos; y no pueden estos vestir quantos son menester para mantener los estudios generales y proveher los lugares que los conventos del Principado tienen en los colegios de la provincia. Y assí ni menos avría para el nuevo colegio de Cervera. Y de esto también se sigue el no poder los conventos tener todos los religiosos que deverían tener para cumplir mejor con las obligaciones de nuestro instituto. Assí sucede al de Cervera, que no puede mantener sino el prior y dos sacerdotes que no bastan para asistir al consuelo de los fieles y los dos cathedráticos de theología y philosophía que para su mantenimiento ha sido forçoso con poco gusto de ellos que diessen algo al convento, conforme era usso en Vique, Manrresa y otras partes. Por lo qual no puede practicarse allí lo que vuestra señoría insinuava ser fácil de commutar religiosos en religiosos porque los religiosos estudiantes no podrían suplir lo

que deven hazer los que no lo son ni cumplir con las obligaciones del convento indispensables”<sup>14</sup>.

Sin duda, una de las más interesantes partes de la misiva se encontraba en su párrafo final. En él el futuro maestro indicaba que

“Si Dios despertara el espíritu de algunos bienhechores para levantar el convento de Cervera en convento y colegio, como el de San Estevan de Salamanca, o para edificar y mantener con sus rentas un colegio en Cervera, como los tuvo para el colegio de Santo Tomás de Alcalá y el de San Gregorio de Valladolid, sin que la provincia de Castilla y sus conventos huviessen de gastar lo tomaríamos nosotros de muy buena gana y se lo agradeceríamos como sería razón”<sup>15</sup>.

Parece que la decisión contó con el unánime apoyo de la orden en Cataluña. Sin embargo, podemos encontrar indicios de que no careció de polémica por lo que respecta a la voluntad de la curia general. En una carta enviada el 16 de julio de 1723 por el Maestro de la Orden fray Agustín Pipia a fray Tomàs Ripoll se le ordenaba que

“no permita que nuestros religiosos se quexen y ni oppongan al (...) empeño que hace Su Majestad sobre que los colegios seculares de aquel Principado se trasladen a la Universidad de Cervera, por lo qual se le mandó atendiesse muy mucho aquel convento. También que hiciesse una junta de maestros y priores de las casas principales de aquel Principado para arbitrar cómo deverán concurrir cada convento para la manutención de seis colegiales que se han de poner en dicha Universidad de Cervera y que de todo lo obrado dé quanta”<sup>16</sup>.

Por su parte, el dicho superior general, menos de un año antes, ya se había preocupado de que la pobreza del convento cervariense no fuera impedimento para agradar la voluntad de las autoridades regias, y con ese fin había ordenado al mismo provincial “que al convento de Cervera le mitigue cuanto sea posible las derramas”<sup>17</sup>.

---

<sup>14</sup> AUB, 02.3021.16, ff. 1r-2r. La pobreza del convento es creíble si tenemos en cuenta las rentas que se le conocen en el informe de 1614 y también porque parece que no fue uno de los más representativos de la ciudad. Una muestra de ello es que del total de misas distribuidas por los regidores tras su muerte a las iglesias de Cervera durante el siglo XVIII al convento solo le tocaron un humilde 75% del total, el número anecdótico de 145 (Jaume Castells i Bertran, “Els regidors de Cervera i el sentiment religiós (1714-1808)”, en *Església i societat a la Catalunya del segle XVIII*, Cervera, UNED, 1990, vol. 2, p. 78).

<sup>15</sup> AUB, 02.3021.16, f. 2r.

<sup>16</sup> Archivum Generale Odinis Praedicatorum [AGOP], IV 207b, f. 13v.

<sup>17</sup> AGOP, IV 207b, f. 10v.

Es muy interesante advertir las razones expuestas por fray Tomàs Ripoll para rehusar el proyecto. En primer lugar, porque nos habla de las condiciones físicas, económicas y demográficas en que se encontraban la mayoría de conventos del Principado a escasos diez años del desenlace de la Guerra de Sucesión. Además, nos deja advertir una cierta desconfianza o rechazo de los frailes catalanes a la nueva fundación universitaria. Por último, nos muestra de forma notoria como las disposiciones enviadas explícitamente desde la curia de la orden no eran siempre tenidas en cuenta y menos ciegamente acatadas.

La segunda iniciativa para conseguir una tercera cátedra en propiedad se fecha en el año 1745. Esta vez la resolución partió de los dominicos y contó con la aprobación del prior provincial del momento, fray Jacinto Santarromana, quien no dudó en ponerse al frente de la misma. Previéndose una revisión de los estatutos de la universidad, como de hecho se constató ya que unos nuevos estatutos se aprobaron en 1749, los dominicos pidieron la erección de una cátedra de teología dogmática y su vinculación a la orden. Como vemos la petición era doble, por un lado, la creación y por otro la adjudicación. Aunque evidentemente se presentaran y entendieran unidas es interesante ver cómo se justificaban cada una de ellas.

Las razones para erigir una cátedra de teología dogmática, especialmente en el Principado, se expusieron de manera exhaustiva en el claustro de la universidad<sup>18</sup>. Entre ellas podemos leer algunas especialmente interesantes como que

“En esta nuestra provincia de Cathaluña (...) de preciso debe ser conveniente la theología dogmática pues por el comercio que acarrea el mar con las naciones estrangeras sucede venir algunos hereges del norte y otras partes para el fin de reconciliarse con la Iglesia y lográndose hombres instruidos en materias de dogmas que esperamos producirá dicha cátedra en caso de erección tendrá el Santo Tribunal sujetos capaces en que confiar la instrucción de los que desean acojerse al gremio de la Iglesia”<sup>19</sup>.

En el memorial impreso que presentó el prior provincial al rey se encuentran los argumentos concretos para que aquella nueva cátedra se adjudicara en propiedad a su orden<sup>20</sup>.

Se alegaban principalmente tres motivos. En el momento de erección de la universidad se vinculó a los dominicos la cátedra de prima de teología tomista y a los

---

<sup>18</sup> Biblioteca de la Universitat de Barcelona [BUB], ms. 986, ff. 305r-308v.

<sup>19</sup> *Ibid.*, f. 307r.

<sup>20</sup> *Señor. El Maestro Fr. Jacinto Santa Romana, Provincial de la Provincia Orden de Predicadores, de toda la Corona de Aragon, à los reales pies de V.M., con el mas profundo rendimiento, dice...*, Barcelona, 1745 y BUB, ms. 986, ff. 310r-310v.

jesuitas la de teología suarista; pero además a la Compañía se les otorgó la cátedra de Escritura y de retórica, rompiéndose por lo tanto la supuesta búsqueda de equilibrio y equidad querida por la monarquía, ya que los profesores tomistas solo tenían dos cátedras y los de la otra escuela cuatro. Además, debido a la erección de la Universidad de Cervera la Orden de Predicadores se había visto menoscabada al no poder conferir grados en el colegio de San Jorge de Tortosa y en el de San Miguel de Solsona así como por la pérdida de la cátedra de teología dotada con 100 libras al año que gozaba hasta 1738 en la Universidad de Vic. De todo ello se esperaba la correspondiente compensación. Por último, se exponía que las condiciones materiales del cenobio de Cervera eran muy pobres debido a sus escasos recursos y a los desperfectos que durante la guerra causó que se utilizara como hospital para el ejército real. Por ello, no podía mantener “religiosos colegiales que cursen en los Reales Estudios que Vuestra Majestad hà erigido en Cervera lo que podría fácilmente practicarse si dicho convento mereciesse” tener tres cátedras en la misma universidad<sup>21</sup>. Concluía anotando las grandes bondades académicas de dicha cátedra

“que sirve de la mayor utilidad y esplendor a todas las otras universidades de la Europa, y que debe ser igualmente del mayor aprecio de los Theologos de España, para que los Cursantes à ella se instruyan en la noticia de los Concilio, en la impugnación de las heregías, en el conocimiento de los Dogmas de la Iglesia, y en los principales puntos de la Historia Ecclesiastica”<sup>22</sup>.

El Consejo de Castilla pidió su parecer al claustro de profesores sobre la cuestión. La facultad de teología, abanderada por la escuela suarista y escotista, combatió con fuerza contra la idea en el informe que dio al claustro<sup>23</sup>. Sin embargo, finalmente este dictaminó que consideraba útil la erección de la cátedra y tenía por muy digna la religión de Predicadores de esta y otras gracias reales<sup>24</sup>. Aún así la petición no fue concedida, desconociéndose cual fue la causa última que llevara a esta decisión.

Al respecto es significativo mencionar que el *Lumen Domus* del convento de Santa Catalina virgen y mártir de Barcelona, libro de memorias de la casa y donde quedaban inscritas sus más destacados acontecimientos, cuando habla del memorial enviado al monarca en 1745, y recordemos que es una de las pocas veces que menciona la

---

<sup>21</sup> *Ibid.*, pp. 1-2.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 2.

<sup>23</sup> Manuel Rubió i Borràs, *Historia de la Real...*, vol. 2, pp. 268-269.

<sup>24</sup> Joaquim Prats Cuevas, *La Universitat de Cervera...*, p. 262.

Universidad de Cervera, concluye con esta interesante frase: “Del que se espera la resolució qual se notará en son lloch quan sia arribada”<sup>25</sup>.

Nunca se anotó la resolución.

Tal y como hemos indicado no hemos podido hallar las causas concretas por las que la petición no llegó a zanjarse de manera positiva para los dominicos. Sin embargo, podemos ofrecer una hipótesis. Ocho años antes, en 1737, el claustro también había informado favorablemente sobre una súplica similar. Esta vez habían sido los franciscanos los que habían pedido igualarse a los dominicos y jesuitas en el número de cátedras y privilegios. Como en el caso estudiado, finalmente se rechazó a causa del informe referente a las rentas de la universidad que se expuso en el siguiente claustro: “en comprovar la mala situació econòmica, el claustre ratificà el seu desig d'equiparar escoles però reconeixia que en aquell moment era inviable”<sup>26</sup>. La causa que impidió la creación de una nueva cátedra de teología para los dominicos podría relacionarse con la aquí mencionada, con la falta de recursos de una universidad siempre en una situación económica precaria.

Analizado el tema de las cátedras deberíamos centrarnos en los frailes que a lo largo del siglo las ocuparon. Sin embargo, presentar el elenco de catedráticos dominicos que impartieron docencia en la Universidad de Cervera durante el siglo XVIII, tanto en la cátedra de filosofía como de teología tomista, no es una tarea fácil. Para la elaboración del listado que presentamos a continuación hemos cruzado la información proporcionada por diversos apuntes bibliográficos y fuentes documentales manuscritas<sup>27</sup>.

Catedráticos de filosofía escuela tomista: fray Diego Andrés de Pomar (1715), fray Bernat Rivera (1719), fray Antoni/Ramon Oller (1722), fray Joan Abad (1725), fray Miquel Senant (1728), fray Joan Lleonart (1734), fray Lluís Faura (1740), fray Josep Serratosà (1743), fray Sebastià Pier (1752), fray Benet Vaquer (1762) y fray Josep Urpià (1781).

---

<sup>25</sup> BUB, ms. 1007, p. 351.

<sup>26</sup> Joaquim Prats Cuevas, *La Universitat de Cervera...*, p. 262.

<sup>27</sup> En concreto: Federico Vila Bartolí, *Reseña histórica, científica y literaria de la universidad de Cervera*, Barcelona, Librería y Tipografía Católica Pontificia, Barcelona, pp. 92-98 y 379-393; Manuel Rubió i Borràs, *Historia de la Real...*, vol. 1, pp. 95-98, 114 y 399-418 y vol. 2, pp. 268-269. En el Archivo de la Universidad de Barcelona se encuentra el Fondo de la Universidad de Cervera (ES CAT UB 023147/19) donde se sitúan gran cantidad de legajos manuscritos concernientes a la adjudicación de cátedras siendo especialmente interesantes para nuestro estudio los legajos 2201/1 y 2201/2; sobre la nominación real de los primeros catedráticos en el mismo fondo se puede consultar 02. 3147.2, 02. 3147.19, 02.3149.6/15 y 02.3151.2.

Catedráticos de Prima de teología tomista: fray Bernat Rivera (1714), fray Narcís Llobera (1717), fray Josep Cabrer (1741), fray Sebastià Pier (1762), fray Agustí Prats (1783) y fray Domènec Vinyes (1791).

Catedráticos de Vísperas de teología tomista: fray Joan Abad (1729).

Un primer dato interesante que se extrae de esta enumeración es el altísimo porcentaje, casi podríamos decir el monopolio, de frailes catedráticos de la universidad hijos del convento de Santa Catalina. De los quince nombres apuntados doce profesaron para dicho cenobio barcelonés: fray Joan Abad, fray Josep Cabrer, fray Lluís Faura, fray Joan Lleonart, fray Antoni Oller, fray Sebastià Pier, fray Agustí Prats, fray Bernat Rivera, fray Miquel Senant, fray Josep Serratos, fray Benet Vaquer y fray Domènec Vinyes. El hecho queda reforzado si comprobamos que los tres restantes no provenían de un solo convento que pudiera competir con el de Barcelona en este aspecto. Fray Narcís Llobera era natural de Gerona y podemos suponer que miembro del convento de la Anunciación de aquella ciudad<sup>28</sup> y fray Josep Urpià emitió su profesión para el convento de Vic<sup>29</sup>. No hemos encontrado ninguna referencia bibliográfica ni documental a cuál era el convento de origen de fray Diego Andrés de Pomar<sup>30</sup>.

Por lo que respecta a su papel y significación en la universidad a lo largo del siglo ya hemos comentado la necesidad de un estudio específico sobre la cuestión. Sin embargo, una primera aproximación nos puede iluminar sobre diversos rasgos.

Algunos profesores dominicos desarrollaron una larga carrera en el centro, llegando a completar los veinte años de docencia en cátedra de propiedad que se indicaban en los estatutos para convertirse en catedrático jubilado, gozando de la pensión y gracias que ello conllevaba<sup>31</sup>. Así sucedió con fray Josep Cabrer<sup>32</sup>, fray Narcís Llobera<sup>33</sup>, fray

---

<sup>28</sup> No hemos encontrado su nombre inscrito en el obituario de aquel convento publicado por José María de Garganta, "Un obituario de Santo Domingo de Gerona", *Annals de l'Institut d'Estudis Gironins* 6 (1951). Sin embargo, se puede colegir de diversos factores como es el caso de su procedencia geográfica de aquella ciudad (F. Vila Bartolí, *Reseña histórica, científica...*, p. 386) y de que con fecha del 10 de noviembre de 1708 el Maestro de la Orden expidió para su persona una patente de lector en teología para la primera ocasión vacante en el convento de Gerona (AGOP, IV 196, f. 85v).

<sup>29</sup> Archivo Histórico Provincia Dominicana de Aragón [AHPDA], ms. 31, f. 58r.

<sup>30</sup> La única referencia localizada es que en 1717 era el prior del convento de Cervera (Ramon Miró i Baldrich, "Predicadors a Cervera (segles XV-XVIII)", *Miscel·lània Cerverina* 19 (2009), p. 220.

<sup>31</sup> *Estatutos y privilegios apostólicos...*, p. 72. A cada catedrático jubilado se le concedía anualmente el importe de la cátedra en que se hubiera jubilado y en los mismos plazos que si estuviera en activo.

<sup>32</sup> BUB, ms. 1007, p. 502.

<sup>33</sup> AUB, 02.3149.6/17, f. 1r.



Sebastià Pier y fray Benet Vaquer<sup>34</sup>. Sin embargo, solo fue fray Agustí Prats, que murió siendo catedrático de Prima de teología, el que ocupó un cargo de mayor responsabilidad en el centro al ser nombrado Vice Gran Canciller de la universidad<sup>35</sup>.

Por último, vemos que también hubo los que pudieron dar cuenta de su buen oficio de predicadores en funciones solemnes y especialmente señaladas de la historia del centro. Fray Narcís Llobera pronunció la oración de acción de gracias en el acto de inauguración del edificio de la universidad en el año 1740<sup>36</sup> y fray Sebastià Pier fue el predicador de los solemnes funerales llevados a cabo en 1760 en Cervera por la muerte de doña María Amalia de Sajonia, consorte de Carlos III<sup>37</sup>.

---

<sup>34</sup> BUB, ms. 1007, pp. 492-493.

<sup>35</sup> AHPDA, ms. 31, f. 58v.

<sup>36</sup> Manuel Rubió i Borràs, *Historia de la Real...*, vol. 2, p. 269.

<sup>37</sup> Alberto Collell Costa, *Escritores Dominicos del Principado de Cataluña*, Barcelona, Ediciones de la Ponencia de Cultura de la Diputación Provincial de Barcelona, 1965, p. 208.